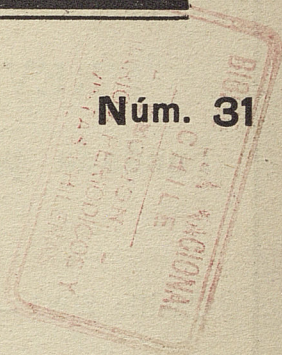


ESTUDIOS

Año III

Junio de 1935

Núm. 31



	Págs.
EQUILIBRIO O PAZ, por Manuel Atria	1 ✓
VITALES PROBLEMAS DE ACTUALIDAD, SE- GUN UN GRAN SOCIOLOGO	12 ✓
LA POLITICA ECONOMICA DE ROOSEVELT, por Tomás Allende	22 ✓
LA ALIMENTACION DE NUESTRO PUEBLO, por Julio Santa María	37 ✓
LOUIS VEUILLOT, PERIODISTA CATOLICO, por Alberto del Valle Valenzuela. (Conclusión)	44 ✓
* * *	
EL ESPIRITU DE LA ACCION SOCIAL CATOLI- CA, por Julio Philippi Izquierdo	60
REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS, por Jaime Eyzaguirre	65

Precio \$ 1.60

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios
Religiosos

Casilla 2081 — Teléfono 88573 -- Ahumada 260

SANTIAGO



Se reciben suscripciones en las Librerías

Zamorano y Caperan

Compañía 1015

Cultura Católica

Delicias 1626



Valor de SUSCRIPCIÓN por 1 año. \$ 18.-

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
Casilla 2081 — Santiago de Chile

AÑO III

JUNIO de 1935

Núm. 31

Manuel Atria

EQUILIBRIO O PAZ

En la actualidad, y desde hace algún tiempo, predomina en la consideración de las actividades humanas, y en su inspiración, un sentimiento materialista o determinista; de manera que las ciencias que las estudian—como ser la economía, la política y aún la moral—y que se califican a sí mismas de independientes o liberales, no aceptan, por una parte, la subordinación de la voluntad humana a principios éticos superiores, y desconocen, por otra, la influencia de esta misma voluntad en la modificación, dentro de cierto límites, del detalle histórico.

Hay ahora una física-económica, una física-política y una física-moral, es decir las leyes económicas, políticas y morales, simples colecciones estadísticas de hechos más o menos experimentables, tienen la fijeza estúpida de las leyes físicas y el hombre no goza de más libertad que la de un átomo: con ésto se le ha quitado a la humanidad la esperanza de poder perfeccionarse, sin darle, en cambio, la seguridad de que no puede degradarse.

Esta concepción materialista, que independiza al hombre de postulados supremos para someterle a la materia, ha tenido como resultado, o como castigo, una especie de materialización real de la vida humana y, en consecuencia, una determinación artificial de la historia del mundo. Ya no hacemos historia, la historia se hace sola sin preocuparse de nosotros. Potencias anónimas, que en el orden

natural debieran estar sometidas a la humana voluntad, le impiden todo desahogo espiritual, toda actividad superior y casi hasta el simple deseo de tales actividades. En estas condiciones las causas eficientes materiales, que determinan el momento actual desde el pasado, han suprimido parcial o totalmente—Dios lo sabe—la influencia de aquellas causas finales que, dependiendo de la voluntad libre de los hombres, lo determinan en relación al porvenir. Las naciones pierden su valor espiritual, en cuanto son la expresión de un origen y de una finalidad común asentados en cierta materialidad geográfica, y pasan a tener casi exclusivamente un valor geográfico material. La importancia del deseo, o del sentimiento, o de la esperanza, que cada hombre lleva en su corazón es tan pequeña que no pesa en la vida nacional o internacional.

Falseado totalmente el concepto de hombre, de nación y también de humanidad, por la fuerza natural de las cosas, aquellos que con éstos se relacionan se deformaron a su vez en mayor o menor escala. Continuamente se oye afirmar que la paz universal es una utopía; un deseo, un sentimiento o una esperanza imposibles; un sueño muy bello, pero descabellado, y es evidente que, dadas las condiciones actuales de la humanidad, los que hacen tales afirmaciones no andan muy errados. El problema de la posibilidad de paz universal puede plantearse desde dos puntos de vistas diferentes, según que se le considere prácticamente en el terreno de la humanidad desviada de su verdadera ruta, o teóricamente en el de la humanidad restituida a su verdadera ruta por un esfuerzo sobrehumano de los hombres de buena voluntad ayudados de las gracias que Dios quiera concederles. Si en el primer caso, desgraciadamente, debemos responder con un “no” rotundo y definitivo, en el segundo, en cambio, estamos ciertos de que ella no es sólo una posibilidad sino una promesa de Aquel que nos dejó su paz que nos dió su paz, y no como la da el mundo.

Analicemos el terreno de la realidad histórica. Nadie ignora, y se siente hasta orgullo en afirmarlo, que la or-

ganización social, política y económica de la hora presente se ha hecho con prescindencia absoluta de los valores espirituales. Separación del orden natural y el orden sobrenatural, e independencia de aquel con relación a éste; tal era la meta, la suprema aspiración, de los pensadores, o de los jefes intelectuales, del pasado siglo. Cual haya sido la intención íntima que les guiaba, y que guía aún a los que siguen sus huellas, es cosa que pertenece al secreto fondo de la conciencia; podemos asegurar, sin embargo, que esto era un pecado de intelecto, un orgullo satánico. Olvidaban, o querían olvidar, que el orden natural es natural sólo en cuanto se subordina al sobre natural, en caso contrario se vuelve anti natural y se llama barbarie. Decir que la civilización, especialmente la civilización occidental, está amenazada, ha pasado a ser un lugar común de todos los que de estos asuntos se preocupan. Lo que es necesario afirmar con énfasis es que esta amenaza no proviene del exterior, es en el propio seno de la civilización donde fermenta. Las civilizaciones con raíces vitales no temen a los invasores, los convierten; el peligro grande está en que se pudran y es ésto lo que le pasa a la civilización materialista presente: se está pudriendo. El liberalismo, el anarquismo, el comunismo, son síntomas evidentes de esta putrefacción íntima.

Y tenemos, en primer lugar, como cima o como suma, la putrefacción de los conceptos. Hemos dicho que los conceptos de hombre, de nación y de humanidad están falseados. Lo mismo el concepto de paz. Era irremediable. Si acaso el hombre no es nada más que una entidad material individual, y la nación una entidad geográfica en la que vive, o vegeta, cierto conglomerado de hombres, y la humanidad a su vez es sólo reunión de estas entidades geográficas la paz universal no puede ser otra cosa que el equilibrio de fuerzas exclusivamente materiales: equilibrio económico y equilibrio militar. Encontrar una fórmula de equilibrio que no presuponga el aplastamiento y encadenamiento total de las individualidades, es el sueño utópico del liberalismo y del anarquismo; el comunismo, con más sentido de la realidad, toma el problema desde

su raíz; suprime al hombre, aniquila su personalidad, porque comprende que precisamente allí reside el espíritu y, en consecuencia, la espiritualidad de la nación y de la humanidad.

El comunismo pretende que realmente las fuerzas que intervienen en la actividad humana sean materiales, en otras palabras pretende matar el espíritu. El liberalismo, no; sólo quiere desentenderse del espíritu para organizar la vida del universo, obrar como si el espíritu no existiera. Es evidente que, en la hipótesis de que matar el espíritu sea posible, siempre podrá hallarse un estado de equilibrio; basta para eso que las encontradas fuerzas que obran sobre la humanidad den una resultante nula, en otras palabras, se compensen destruyéndose mutuamente. Y he aquí la barbarie. Pero, felizmente para nosotros, hay una dificultad insuperable: el espíritu es inmortal. Podrá la coacción exterior, imposibilitar las manifestaciones palpables de la actividad espiritual; lo que no puede, es hacer que esta actividad cese.

Por su parte, la aplicación de los principios liberales a la vida integral de la humanidad ha dado resultados tan dolorosos que no se olvidarán fácilmente. La crisis actual,—la más tremenda e ilógica que recuerda la historia,—no es otra cosa que su efecto inmediato. Esta especie de degeneración total de las naciones, esta bancarrota de una civilización milenaria, esta absoluta incertidumbre del porvenir, he aquí la obra de sólo un siglo de predominio de esta concepción absurda del universo que presupone que las leyes que rigen la actividad humana—aún cuando el hombre siga siendo hombre—tienen la fijeza de las leyes físicas, y que todo lo que sea subordinarlas a consideraciones éticas superiores es poner trabas al libre desenvolvimiento de la naturaleza.

No podrá suceder de otra manera. En efecto, para que el concurso total de las fuerzas, de hecho libres y voluntarias en su realidad sustancial, dé una resultante nula, se necesita o el sometimiento integral de las voluntades a la Verdad y al Bien o la coacción exterior física de

una autoridad, más que fuerte, tiránica. En el primer caso tenemos la sociedad cristiana que se manifiesta por una organización jerárquica del universo; en el segundo, el socialismo que se manifiesta por una absorción del individuo por el Estado. La solución liberal es, por esencia, desequilibrio. Para ella no existen nada más que individuos y colecciones de individuos sin unidad efectiva. Sus principios en el orden económico, aseguraban que la libre concurrencia de los factores que determinan la vida económica de los pueblos bastaría para producir la situación de equilibrio necesaria para el bienestar material de la humanidad. Olvidaban que la libertad debe ser defendida, es decir asegurada, por alguien o algo. Y de ahí el resultado: predominio abusivo de las naciones fuertes sobre las débiles; y dentro de cada nación, de la clase capitalista sobre el resto de la sociedad. Total: el mundo entero esclavizado bajo el poder casi sin contrapeso de los capitalistas de las naciones fuertes; o, lo que es lo mismo, desaparición de la dignidad del trabajo y de la dignidad nacional; en una palabra, de la dignidad humana.

En la actualidad, la lucha de las naciones tiene como origen está ilimitada e incontrolada prepotencia capitalista. Ya no se mueve por cuestiones ideológicas; nadie lleva una cruz visible en el pecho cuando va al combate. Es el aspecto del predominio económico lo que interesa, y no la conversión de las naciones, o la reparación de una injusticia, o la defensa de la cultura. Aun los odios raciales o nacionales sólo sirven para que, exaltada la patriotía de las masas, no se adivine la inspiración solapada que las arroja en luchas fratricidas. Nunca debemos olvidar que la guerra es, en resumidas cuentas una lucha entre hermanos y que, en consecuencia, al matar al enemigo, sangre fraternal se vierte.

Evidente verdad es que el nacionalismo presente tiene sólo un aspecto comercial; no se defiende el bienestar de la sociedad entera, las reservas culturales de los pueblos, sino la ganancia de los productores, el interés de los capitales invertidos. El proteccionismo desenfrenado, el cierre de las fronteras aun a costa del sufrimiento y del

hambre de las clases necesitadas del propio país, tal es la primera etapa, la etapa económica, de la lucha internacional. Como decíamos al empezar, toda la actividad vital de la humanidad, está informada por el pasado, por aquello que muchas veces está definitivamente liquidado; y no, por el porvenir, por aquello que es nuestra obligación laborar en cada instante. Se defiende el pasado, no porque con él se encuentra de una manera fatal la vida futura, sino por miedo de esta misma vida futura. Y en este camino hemos llegado ya tan adelante que parece que estamos en el límite desesperado del naufragio cuando ya no se trata de llegar a la costa sino de sujetarse del primer tablón que esté a mano.

La segunda etapa de la lucha es de orden cruento, militar. Por una parte la necesidad de mercados para la producción nacional excedente y de tierras en que depositar los excesos de población: por otra, el deseo de posesión absoluta de las materias primas que son necesarias para la actividad de la hora presente, he aquí las dos fuerzas materiales o resortes que imposibilitan el equilibrio internacional. El vencedor se cree con derechos para exigir todo aquello que considera indispensable para su propio desarrollo económico y para impedir que, en un futuro más o menos próximo, el desarrollo económico de la nación vencida pueda constituir un peligro. Todo ésto olvidando las inmutables exigencias de la justicia e imponiendo, a quienes Dios no quiso vencedores, condiciones que a la dignidad nacional repugnan.

Esta seguridad de que las dificultades de orden económico, que resultan de la carencia de un principio directivo de la economía mundial, trascienden en un futuro más o menos próximo al orden político y militar, hace que en la hora presente se considere como única condición indispensable de paz internacional el equilibrio de los ejércitos y de las armadas, es decir de aquellas instituciones que en la actualidad, desgraciadamente, sólo son la expresión del poderío material de un pueblo. Que un cierto equilibrio sea necesario, no lo niega nadie; lo que se niega es

que sea suficiente y que la inspiración materialista de la humanidad lo haga posible. Aun cuando su fórmula precisa pudiera establecerse y, por medio de combinaciones o tratados, se estatuyera con todo el mundo, lo rompería el hecho de que el cumplimiento de los tratados se basa en la confianza mutua y que ésta no puede existir si acaso las naciones son entidades aisladas sin ningún lazo espiritual entre ellas. Empiezan primero los armamentos secretos; luego, el repudio franco de los tratados.

Crear en el desarme universal de un mundo materializado no es sólo una utopía, es una idiotez, la idiotez de aquellos que piensan que el respeto del débil por el fuerte se basa en el debilitamiento de éste y no en su convicción íntima de que, a pesar de su debilidad, aquel es respetable. Esta noción de la respetabilidad, corolario de las nociones cristianas de libertad, fraternidad e igualdad humanas, impone la adhesión a esta verdad que dice que no hay naciones ni razas privilegiadas, que todas, en último término tienen una finalidad común que es asegurar el bienestar terreno y la felicidad ultraterrena de los hombres. Pero de esta finalidad común derivase la existencia tanto de derechos inalienables como de deberes ineludibles; y son éstos derechos y éstos deberes los que dan a cada nación, o a cada raza, la calidad de civilizadas. Que un mismo sentimiento de justicia y de solidaridad internacional inspire la acción propia y mutua de los pueblos, y sólo entonces será ocasión de hablar de desarme universal, de caballerosidad y de confianza recíproca entre las naciones. Primer fruto sería el arreglo definitivo de ciertas situaciones de hecho que, en las cinco partes del mundo, empañan el horizonte diplomático; segundo fruto sería aquella armonía internacional que resulta de la cooperación de todas las naciones y de todas las razas en la defensa de la cultura y en la adquisición del progreso.

Si el desarme universal es, en las condiciones actuales, utópico y absurdo, el armamento sin control, que parece ser la última solución adoptada por las grandes potencias, significa para la humanidad, un peligro tan in-

commensurable que hace temer que la guerra futura sea la catástrofe más horrible que han presenciado los siglos. ¡Dios quiera que se abrevie el tiempo de la prueba! Este acumulamiento fantástico de elementos destructivos, estas energías gastadas inútilmente, este trabajo perdido de legiones de obreros, todo presagia un apocalíptico rompimiento del equilibrio internacional. Parece que lo único que, por ahora, mantiene esta situación de inquietud y de espera, es un resto de conciencia espiritual, de pudor colectivo; ningún pueblo quiere ser el causante directo de la catástrofe, tanto menos cuanto que no tienen seguridad de salir vencedores y ésto, en una lucha sin ideales inspirada casi exclusivamente en condiciones económicas, es cuestión de vida o muerte. Aun el egoísmo, los cálculos llenos de bajeza, sirven, en cierta manera, a la Divina Providencia, para mantener, en lo que sea posible, la tranquilidad aparente del mundo.

Que los tratados no aseguran un equilibrio perdurable es una verdad que ha pasado, hace mucho tiempo, a la categoría de las de sentido común o, al menos, de consentimiento universal. Caballerosidad internacional y confianza mutua, son condiciones inherentes a los pactantes para que su cumplimiento se asegure. Hay más aún. El tratado mismo debe cumplir ciertas exigencias para que realmente sea eficaz. En primer lugar, y considerando que las relaciones y concomitancias entre los pueblos son, en la actualidad, fáciles y casi ilimitadas, es elemento básico de estabilidad que a su firma concurren, si no la totalidad de las naciones, la mayoría de ellas, incluyendo en esta mayoría todas las materialmente fuertes. En segundo lugar, es necesario que los puntos que establezca dejen íntima y sinceramente satisfechos a todos los que a él quieran someterse. Veamos por qué estas dos condiciones son imposibles, en la hipótesis de la ausencia absoluta de requerimientos espirituales superiores que determinen la vida de la humanidad.

El concurso total de las naciones, de hecho, no se ha producido nunca o casi nunca. Tales tratados exigen, de

los pactantes, el sacrificio de ciertas ventajas adquiridas o esperadas ya sea una limitación de sus prerrogativas económicas o de sus efectivos guerreros, ya sea la aceptación del crecimiento económico o militar de los demás concurrentes. Si agregamos a ésto la necesidad de reconocer situaciones de hecho, muchas veces dolorosas para la dignidad nacional, vemos que todo tratado presupone, en cierto aspecto, una ilusión perdida o una esperanza frustrada. Pero, por una especie de conservación de energía, una nueva ilusión y una nueva esperanza anida en el alma de la nación; ilusión de que también los demás han hecho sacrificios y la esperanza de que el tratado sólo sea letra muerta. Ningún elemento positivo, de verdadero progreso universal, se adivinan en estos tratados en que sólo se busca equilibrios de fuerzas materiales; no hay ninguna necesidad vital de crecimiento que los imponga.

Por eso los únicos pactos que pueden dar algún resultado y tener una vida menos efímera, son aquellos localizados a pequeños grupos de naciones y en los que se señala más o menos claramente sobre el que recaerán todas las desventajas y quien, en consecuencia, deberá hacer todos los sacrificios. Tampoco hay aquí una necesidad vital íntima, es sólo una necesidad de defensa; en relación al enemigo se crea la unidad, el lazo, y no al enemigo real que se genera y fermenta en el seno mismo de cada pueblo, de la misma manera que fermenta el enemigo del hombre en su propio corazón, sino en relación a un pueblo determinado el que, por accidente no más, puede estar contra nosotros porque, por naturaleza, debe estar a nuestro lado, luchando con nosotros y por nosotros así como nosotros con él y por él. Por esencia tales tratados no aseguran la paz ni el bienestar de nadie; al contrario, generalmente son los responsables inmediatos de la catástrofe. Más valiera casi que las naciones permanecieran completamente aisladas; así las luchas quizás se harían más localizadas, más parecidas a las de las bestias feroces.

La segunda condición de eficacia de un tratado refiérese, como lo hemos dicho, a la íntima y sincera satisfac-

ción que deben sentir todos los que a él quieran someterse. Enumerar detalladamente los elementos que deben haber para que esta condición se cumpla, tarea es casi imposible. Podemos, sin embargo, indicar, negativamente estas cualidades intrínsecas de los tratados eficaces, en el sentido de llegar a precisar ligeramente los errores que es preciso evitar. Primero: el sometimiento a la superioridad material de alguno de los pactantes; segundo: la aceptación de situaciones establecidas de hecho, cuando son manifiestamente injustas, y tercero: el desprecio de cierta sentimentalidad tradicional que muchas veces forma parte del acerbo espiritual de un pueblo. Es necesario, además, no olvidar a aquellos que, por razones de cualquier naturaleza, no pueden o no quieren concurrir a la firma del tratado.

Vemos que la condición sine qua non de eficacia de un tratado es su bondad intrínseca, su justicia real, y no la igualdad, el equilibrio de las fuerzas materiales ni mucho menos las ventajas que pueda conceder a las naciones fuertes. El equilibrio material es falso como un árbol podrido por dentro, las ventajas adquiridas no aseguran ni el bienestar propio y sólo son causa de inquietud dolorosa. Esto no debieron haberlo olvidado nunca los que Dios ha querido vencedores en las guerras; aun cuando hayan creído defender las causas de la justicia y de la civilización son más despreciables que el agresor injusto si acaso no coronan su triunfo con una paz justa. Si el orgullo abusivo de la nación vencedora se opone el obstinado rencor de la nación vencida ¿quien podrá echárselo en cara? Pues, sólo aquellos que estén sin pecado, aquellos que siempre hayan practicado la justicia.

No ha sido nuestra intención decir que la firma de un tratado o convención que se someta a las condiciones enumeradas más arriba bastaría para asegurar la paz del mundo. Los que tal han entendido, han entendido mal. He aquí sólo una etapa inicial, etapa que podríamos llamar de examen de conciencia, de arrepentimiento de los pecados pretéritos, de confesión de culpa y de satisfacción de

obra. La absolución sólo Dios podrá darla. Pero queda después toda la larga etapa—¡quién sabe!—que es la vida futura de la humanidad. Retorno a las bases espirituales del mundo cristiano, a la unidad y a la catolicidad de la Iglesia Madre. Este retorno se hará primero: por una valorización exacta de nuestra posición cósmica; luego: por una revisión o filtración de todos los conceptos que informan nuestra actividad a través de la verdad y el bien, y todo en relación a la Verdad y al Bien absolutos. Nuevos conceptos de hombre, de patria, de humanidad, que purifiquen el humanismo, el patriotismo y el humanitarismo de lo que les hace aparecer como la resultante de nuestro egoísmo sórdido y reconcentrado. Y' luego como estela luminosa, o como éter que todo lo penetra, la verdadera noción de paz, don del Espíritu Santo, virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, pública quietud de los estados, en contraposición a la guerra. He aquí la paz de Cristo en el reino de Cristo.

“EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones. — No explota
la crónica roja

Vitales problemas de actualidad según un gran sociólogo

El eminente senador belga, maestro de fama universal en doctrina social cristiana, el Padre Rutten, ha dado en Roma diversas conferencias de actualidad ante numerosísimo y selecto público. Cardenales, obispos, superiores de Congregaciones religiosas, embajadores, generales, eminentes políticos y hombres de estudio escucharon y aplaudieron en la gran sala del Angelicum sus interesantes disertaciones de las cuales creemos utilísimo dar un extracto tomado de las páginas de "L'Osservatore Romano".

Los hombres que han terminado un estudio profesional cualquiera para entrar en las luchas activas de la vida, se encuentran hoy día, ha dicho el P. Rutten, al frente de un espectáculo excepcional del mundo.

"¿Qué contemplan estos jóvenes a su alrededor? De una parte la disgregación, el egoísmo y la inmoralidad y por la otra, una pequeña falange que lucha contra esos elementos disolventes con más coraje que éxito.

"Esta élite profesional ve ante todo el desequilibrio de una sociedad que ofrece el espectáculo paradójico de un enorme poder productor coexistente con la imposibilidad de que la sociedad obtenga de ello suficiente beneficio, por falta de seguridad internacional, de crédito sólido y de mercados accesibles.

LAS GRANDES BARRERAS ADUANERAS

"Se ve el progreso de la ciencia que avanza cada día a través de las fronteras y al mismo tiempo un proteccionismo a distancia que levanta, a lo largo de estas fronteras, una barrera cada vez más alta, haciéndolas infranqueables a causa de las prohibiciones. Este desequilibrio esconde un egoísmo implacable y tanto más peligroso cuanto que es colectivo y oculta bajo la enseña del interés nacional y del bien común una coalición poco limpia de intereses privados.

"No nos está permitido ignorar que cada una de estas medidas proteccionistas provoca, tarde o pronto la represalia que forma una cadena sin fin y crea una situación internacional sin salida. Una Europa desunida con sus 39 Estados independientes y el millar de kilómetros de nuevas fronteras de que la ha dotado el Tratado de Versalles, está seriamente amenazada de llegar a ser la víctima de la progresiva industrialización de los grandes países americanos y asiáticos en donde se puede viajar en tren rápido días enteros sin encontrar fronteras, sin discutir con aduaneros, ni presentar documentos, ni procurarse otra moneda, ni tratar de hacerse entender en otro idioma. Numerosos pueblos de Oriente se preparan a volverse los proveedores de Europa después de haber sido por largo tiempo sus clientes. El peligro amarillo, por largo tiempo previsto como lejano, ya no es imaginario y ha venido a hacerse inminente para nuestro viejo continente siempre más debilitado por su inveterada desconfianza y agotado a causa de sus armamentos.

RESTRICCIONES A LA INMIGRACION

En este punto, el P. Rutten hace una digresión que atañe particularmente a las condiciones de Bélgica, su patria, respecto a la cual la situación es particularmente grave.

"Los grandes Estados—ha proseguido—prohiben tan inexorablemente la entrada de los hombres como la de los productos. Hay países que disponen de inmensos terrenos que pudieran ser beneficiados y dar un rendimiento mucho más abundante. Otros países vecinos no se arriesgan por más tiempo a hacer vivir una inmensa población en sus pocos extensos terrenos menos fértiles y tal vez incultivables. En vez de contentarse con impedir la entrada al individuo con tara o indeseable, los grandes países no dejan entrar a nadie. Perseverando en esta política de poner barreras a la inmigración, los Gobiernos empujan a los habitantes de los países sobrepoblados a un dilema inexorable: o invaden el territorio vecino menos

poblado, lo que en poco tiempo desencadenaría una guerra, que haría desaparecer unos dos o tres millones de jóvenes y resolvería automáticamente el problema por algunos años o bien generalizan cada vez más la restricción de la propia población por los medios anticoncepcionales que ya todos conocen. Y esta solución o la otra es una especie de narcótico al cual se le prepara un triste despertar. ¡Son muchas ya las grandes ciudades de Europa en que los comerciantes en ataúdes hacen ya más negocio que los vendedores de cunas! ¿Qué les importa a los partidarios de restringir los nacimientos, la perspectiva de una patria amenazada de perder rápidamente, junto con la disminución de sus habitantes, su prestigio y su influencia para que la generación actual no se incomode?

“Hemos empleado mucho tiempo en darnos cuenta de que la situación de las familias de nuevos operarios y pequeños burgueses ha llegado a ser intolerable debido a las grandes aglomeraciones urbanas. La estrechez de su alojamiento y la disminución del salario o rentecita, insuficientemente compensada con la disminución del costo de la vida, los condena a vivir en tal incomodidad que para aceptar una familia numerosa es necesario un espíritu de abnegación que se ha vuelto muy raro. Una sociedad que ha llegado a tales resultados, no puede conservarse indefinidamente, y si los dirigentes tardan en ponerle remedio otros se encargarán de hacerlo.

LA VUELTA A LA TIERRA

“Para remediar este mal se ha preconizado ante todo la vuelta a la tierra y el parcelamiento razonable de las propiedades privadas extensas, a fin de atraer al mayor número de jóvenes a la profesión agrícola. Pero qué harán los pequeños países donde las grandes propiedades son por lo general raras?

“No todos los países tienen la fortuna de tener lagunas Pontinas o mares internos que disecar. Y además se necesita tiempo para que una familia de operarios que ha vivido mucho tiempo en aglomeraciones industriales

se decida a dejarlas y se habitúe a ejercitar la profesión agrícola en condiciones ventajosas”.

DESOCUPACION Y ARMAMENTOS

Después de algunas consideraciones sobre la necesidad de esforzarse, a pesar de todos los obstáculos, en la parcelación de la tierra donde sea posible y conveniente, el P. Rutten pasa a examinar la política financiera internacional, revelando con sutil análisis sus errores e inconvenientes. Después tocó la grave cuestión de los armamentos.

Mientras la desocupación tiende a volverse catastrófica en grandísimo número de industrias, las fábricas de municiones y de material de guerra, dice, trabajan en pleno rendimiento. Sus dirigentes tienen manifiesto interés en provocar conflictos armados y en prolongarlos y no se les hace escrúpulos el llegar a ser ellos proveedores a la vez de los dos beligerantes. Mucho tiempo ha que en el Chaco habría terminado de matarse toda la juventud válida del Paraguay y de Bolivia, si los fabricantes de armas de otros países no continuaran proporcionándoles los medios. Y a estos proveedores de municiones se puede aplicar con toda evidencia las palabras de Pío XI en su Encíclica *Quadragesimo anno*: “Su patria está en donde está su lucro”.

Completa el conferencista estas reflexiones con la cifra de lo que el mundo gasta en mantener la llamada paz armada, gastos del personal militar y de renovación del material de guerra.

¡ OTRA INDUSTRIA FLORECIENTE

A estas conmovedoras reflexiones sobre el negocio de la industria de armamentos, el P. Rutten agrega una palabra no menos impresionante. “Mi exposición, ha dicho, sería incompleta si olvidara añadir que hay un pequeño grupo de oficinas internacionales de numerosas ramificaciones que declaran tener también una ganancia escan-

dalosa, y son las oficinas especializadas en las producciones de exhibición de la inmoralidad. Tenemos así que en un mundo donde millones de personas están reducidas a una pobreza vecina a la miseria absoluta, las dos industrias que han realizado más beneficio, son aquellas que matan el cuerpo y contaminan el alma, la primera busca el oro en la sangre, la segunda en el fango”.

EL DRAMA DEL PROFESIONALISMO

Después de esta cruda pero valiente exposición de la situación presente, el P. Rutten ha considerado cuál es la triste expectativa que se presenta a los jóvenes que salen de la Universidad, de una Escuela técnica superior o de una Academia de Artes, al hallarse frente a una situación social tan desastrosa. Y también sobre este punto ha citado hechos y cifras para demostrar, de acorde con las encuestas de Ginebra, que existe en la mayoría de los países, un inmenso número de profesionales intelectuales sin ocupación. Dice a este propósito que se han propuesto dos clases de remedios: uno de ellos es el de operar una selección más severa para la admisión de alumnos en las universidades, aunque se reconoce que el sistema del “*numerus clausus*” es muy rígido y puede tener crueles consecuencias; el otro remedio que se proclama es el de una mayor protección de los títulos profesionales y la lucha contra aquellas personas que son llamados diletantes en las diversas profesiones.

”Pero nada durable se hará, ha concluido el P. Rutten, si no se llega a hacer desaparecer la universal sensación de inseguridad que, paralizando las transacciones y disminuyendo el esfuerzo, empobrece al mismo tiempo el ambiente donde los intelectuales se reclutan y donde deben ejercer sus actividades. El problema que hay que resolver no es un problema italiano, francés, alemán o inglés: es esencialmente un problema europeo.

EL SUICIDIO DE LA EUROPA

De otra parte ha dicho el P. Rutten una nueva guerra, si se toma ésta como una loca solución, sería con toda evidencia el suicidio de Europa, porque todos los beligerantes dispondrían de medios de destrucción mucho más terribles que aquellos que en la última guerra han acumulado muertes, deudas y ruinas que todos sufrimos, unos más otros menos. "Se necesitaría una gran ingenuidad para esperar en un tiempo próximo la constitución de los Estados Unidos de toda Europa. Pero la cuestión sería saber si no es necesario comenzar, sin tardanza, a multiplicar la sólida unión aduanera entre importantes grupos de países europeos. Si se entrevé cualquiera otra solución, que se la indique; pero, por favor, que se ponga fin a la charla sin conclusión, porque las masas ya no creen en la eficacia de las conferencias internacionales seguidas de armisticio y sin perfecta continuidad. La Providencia ha querido que los países latinos sean a través de los siglos como los portabanderas y defensores más fieles de la civilización cristiana. ¿Qué llegarían a ser ellos si no logran entenderse? He aquí el problema que supera a todo otro. Pretender aplazar la solución a causa de las complicaciones presentes no conduciría sino a hacerla más difícil".

LA ECONOMIA REGULADA Y EL CORPORATIVISMO

"Cuatro años solamente—ha dicho el Padre Rutten en sus conferencias siguientes—han transcurrido desde la promulgación de la Encíclica "Quadragesimo anno" y ya los acontecimientos se han encargado de confirmar de manera sorprendente las profundas enseñanzas del Sumo Pontífice sobre los tres asuntos de los cuales deseo hablar a Uds.: la economía regulada, la organización corporativa y la colaboración internacional en el orden social y económico.

"Todos los Gobiernos se han visto reducidos al mismo dilema, o ver triunfar un programa de nacionalización de

la mayor parte de las empresas industriales y financieras: o recurrir a una combinación de economía regulada y de organización corporativa: la economía regulada que oriente la acción corporativa y la organización corporativa que sostiene la economía regulada; y todo coronado de miras internacionales, consecuencia indispensable de la interdependencia universal siempre más evidente de los fenómenos económicos y sociales.

"A causa de la repercusión internacional siempre más estrecha de los fenómenos, económicos y sociales, el problema social ha venido a ser primero un problema europeo y después mundial.

"La prosperidad de la Europa ya no se concibe sin la paz social y esta paz social implica necesariamente la existencia de diversas organizaciones nacionales y de una entente internacional. En el interior de cada país esto supone en primer lugar una colaboración leal, metódica y continua entre los representantes del capital y sus colaboradores intelectuales y manuales. Y todo ello dentro de la organización corporativa. Implica, en segundo lugar, una autoridad superior que no puede ser sino el Estado, custodio de los bienes comunes y encargado no de estorbar la iniciativa privada sino de coordinarla en interés común, que es en lo que debe consistir la economía regulada.

"A esta organización corporativa y a esta economía regulada en el interior de cada país, hay que añadir las conferencias y convenios y las instituciones internacionales que progresivamente pondrán fin a la guerra económica actual, porque si ésta se prolongase mucho tiempo aún ¿cómo evitar que se convierta en un conflicto armado al cual Europa no podría probablemente sobrevivir?"

LA REDENCION DEL PROLETARIADO

Por fin el Padre Ruttén ha cerrado su ciclo de conferencias en el Angelicum con una en que ha estudiado la cuestión del mejoramiento del asalariado y de la redención del proletariado. ¿Y es esto posible bajo el ac-

tual régimen económico? Esta es la cuestión que el docto dominico ha puesto como base de su última conferencia.

Del punto de vista técnico y económico—ha dicho—la concentración de las empresas industriales y de las influencias financieras parece hoy una cosa inevitable y ello será siempre causa de temores desde el punto de vista social y moral. Y he aquí el nudo del problema. La única medida eficaz de saneamiento que se ha encontrado hasta ahora contra esos trusts es, para la industria, la aplicación ingeniosa y ágil de la economía regulada y para la concentración financiera, el control de la banca y la bolsa, lo que por otra parte, no es sino una forma especial de economía bajo dirección.

Sin esto, dijo el Padre Rutten, no evitaremos los dos fatales extremos, que son el del Estado banquero o el del Estado prisionero de los Bancos. El conferencista, como senador que es del parlamento de Bélgica, explicó en seguida a sus oyentes cómo en ese país los congresales de derecha, partidarios de un control del Estado respetuoso y protector de las iniciativas particulares, hacían hoy gobierno en común con el partido socialista que acepta el derecho de propiedad; pero toda la mayoría de gobierno repudia la idea de convertir al Estado en banquero dispensador del crédito económico.

En una atmósfera de esta índole y con facultades gubernativas para ir amparando y levantando en medio de esta crisis al proletariado, que es su principal víctima, es como puede realizarse, a juicio de Rutten aquello que el Santo Padre considera como la gran reforma social a la cual todos deberíamos aspirar: "La desproletarización progresiva de las masas".

LA VOZ DE LOS PONTIFICES EN FAVOR DE LOS OBREROS

El gran sociólogo cuyos juicios recientes hemos venido relatando, es considerado universalmente como uno de los más autorizados expositores de las doctrinas sociales del Jefe de la Iglesia. Por esta razón creemos con-

veniente reproducir textualmente el resumen que de la parte final de las conferencias del Padre Rutten ha hecho el órgano del Vaticano.

“No siendo inagotables las riquezas de este mundo, es una verdad lapaliciana (perogruesca) que si algunos acaparan una gran parte de ellas, menos quedará para los otros. Esto es precisamente lo que acontece en el momento presente. Por eso el Pastor Supremo, después de haber constatado en su Encíclica “Quadragesimo anno” que muy a menudo la riqueza se encuentra en manos de pocas personas que según su voluntad y su interés deciden a veces del interés del pueblo y del país, añade que ya es tiempo de ir buscando un remedio a esta situación.

“La característica propia del proletariado es ante todo la incertidumbre del día de mañana, incertidumbre que amarga constantemente su alimento cuando tiene lo suficiente para adquirirlo. El estado de ánimo de esos infelices no puede levantarse porque sienten bajo sus pies un suelo que se agrieta. Un mínimo de seguridad para el porvenir haría en cambio que el operario se sintiera tranquilo ante el riesgo que corre. No es posible que al dolor de dejar a aquellos que ha amado, se añada para tantos pobres la cruel perspectiva de la miseria a que con su muerte se verán condenados su esposa y sus pequeños hijos”.

“Pero la prosperidad que el Papa quiere asegurar a los operarios, evidentemente no es forzoso que consista en la posesión de una casa más o menos limpia o de un pequeño terreno cultivable. Afortunadamente hay otros medios de hacerse propietarios, como ser una libreta de la Caja de Ahorros o un título que da derecho a una indemnización o pensión en caso de desocupación, de vejez, enfermedad, invalidez prematura, accidente de trabajo o enfermedad profesional. Estos derechos representan para el operario que los posee una verdadera propiedad con la ventaja de que no están expuestas a las consecuencias de la crisis que deprecian el valor de la casa o del terreno.”

Por fin el Padre Rutten ha insistido brevemente sobre la grave obligación que incumbe a los católicos de to-

dos los países de estudiar sin tardanza el problema de la utilización de las horas libres de los operarios. El progreso técnico-mecánico (y esta es precisamente la razón de ser de este progreso) junto con aumentar la producción, ha venido a aligerar y disminuir la fatiga del trabajo y sobre todo su duración. Se trata por lo tanto de saber si el operario y el empleado pasan sus horas libres en el ocio o el vicio o si las emplean noblemente. Sería indigno de los católicos retardar el estudio de este problema”.

EXPLORACION FERROVIARIA COMUNISTA

Un decreto del nuevo Ministro de Ferrocarriles del Soviet, Kaganovic que reproduce un diario de Berlín, da una idea sobre este asunto y proporciona datos sobre los últimos accidentes ferroviarios de la U. R. S. S.

En el año pasado hubo, entre grandes y pequeños, 62,000 accidentes y en los meses transcurridos del presente año 12,000. El año pasado quedaron fuera de servicio por esta causa 7,000 locomotoras y 64,000 carros, de los cuales solo una parte pudo repararse. Los daños materiales ascendieron a 60 millones de rublos.

El Ministro Kaganovic llama, en su decreto, vergonzoso y criminal este cómputo de accidentes ferroviarios y anuncia severas medidas contra el personal responsable.

El más eficaz remedio

contra la GRIPPE

Anti-Gripal

“Francia”

Tomás Allende

La Política económica de Roosevelt

M. André Mourois, en su ágil ensayo sobre el plan de reconstrucción económica emprendido por Roosevelt, relata una conversación sostenida una noche en Wáshington con algunos de los miembros del Brain Trust, del equipo que secunda al Presidente en su gigantesca empresa. Se hablaba de las dificultades que se encontrarían al aplicar los principios de la nueva economía y cada uno de los asistentes resolvía objeciones y proponía otras. "Yo querría—dijo alguien—poder quemar las obras completas de Adam Smith". Otro de ellos,—El Que Todavía No Ha Hablado—afirma entonces soñadoramente: "La dificultad es que éste es un mundo real..."

Esta frase puede encerrar el secreto de una verdadera comprensión.

La idea central de esta nueva economía, la razón de ser de su espíritu realista, reside acaso, acaso y paradójicamente, en su lucha tenaz contra la realidad. A medida que transcurre el tiempo y se conoce con más detalle el plan de reconstrucción nacional implantado en 1933, sus ventajas y sus defectos, sus éxitos y fracasos, se han indicado sus características fundamentales. Estas características—control económico; política económica nacionalista; independencia de la liberal democracia y del Parlamento; tecnicismo; audacia de los métodos, especialmente en los relacionado con los precios, las horas de trabajo y el sistema monetario,—no son más que diferentes manifestaciones de un idéntico principio, poseen un espíritu común y profundo que las sintetiza: el repudio del individualismo.

Y luchar contra el individualismo es combatir la realidad, el desorden existente; es tener el valor de reconocer que la solución de la crisis actual se encuentra en aquel conjunto de ideas y principios que muchos engloban en una palabra vaga: irrealismo.

De este punto central—verdadero "eje diamantino",

diría Ganivet—parte el plan Roosevelt y en torno a él se cruzan los libros complicados de la National Industrial Recovery Act.

El liberalismo económico y la economía dirigida, la tesis y su antítesis, han encontrado su expresión en estos dos términos, en la realidad y en la irrealidad, respectivamente. El contraste entre estos últimos es la lucha entablada en todos los países entre los que divorcian la economía de la moral y, reconociendo los defectos del capitalismo, lo aceptan como un mal que por ser real es inevitable; y los que sostienen que es necesario rehacer la economía sobre nuevos fundamentos, luchar por una redistribución más justa de las riquezas, hacer primar la voluntad humana sobre las fuerzas económicas desencadenadas por el individualismo, y, por último, destruir ese concepto “real” de la vida que no es más que la negación de todos los valores.

De este hecho—su lucha contra la realidad individualista—adquiere el Plan Roosevelt toda su transcendencia. Sus resultados son aún inciertos, como lo demuestran las últimas noticias del cable, pero, en todo caso, nadie podría desconocer su significado profundo, la causa de su existencia. Es el primer esfuerzo, el primer ensayo, de un pueblo que se reconocía como el baluarte del liberalismo económico, para reaccionar contra el sistema que lo había conducido a la mina.

Observadores superficiales podrían considerar que la adopción de la nueva economía es solo una política transitoria destinada a solucionar una situación de innegable gravedad, pero que en ningún caso puede dársele una importancia mayor, por cuanto, pasada la crisis se volvería a los antiguos métodos; podrían deducir que las resistencias suscitadas demuestran que “el individualismo ha sido y volverá a ser la fuerza de ese país”, como exclamaba indignado un senador al discutirse uno de los proyectos del presidente; podrían dar muchos otros argumentos, mas, al hacerlo, incurrirían en el error fundamental de considerar la economía como una ciencia independiente de los demás problemas y manifestaciones culturales de hoy. en una palabra, de deshumanizarla.

El plan de reconstrucción no es un fenómeno aislado ni se reducen sus alcances al campo económico. Es, por el contrario, la nueva expresión, aún vaga e indefinible, del espíritu norteamericano, de la conciencia colectiva en formación de un pueblo que entra en una etapa distinta de su desenvolvimiento.

La NIRA corresponde a esta nueva mentalidad, es una consecuencia de ella; para comprenderla es necesario relacionarla con sus demás manifestaciones, tanto las políticas como las intelectuales y sociales. Roosevelt, como todo verdadero político, ha preferido captar estos sentimientos colectivos a elaborar magníficos programas, y no ha limitado su labor al campo económico. La urgencia de los hechos le obligaba a intervenir primero en éste, pero ello no quiere decir que sea el único ni siquiera el más importante.

La NIRA es el conjunto de medidas económicas adoptadas por el nuevo espíritu anti individualista norteamericano. Por proclamar la supremacía de los principios sociales y la necesidad de reajustar en conformidad a ellos el desorden actual, se la condena en nombre de la "realidad" y su destino depende del combate entablado entre ésta y la irrealidad "de los que quieren salvar al mundo".

LA "REALIDAD"

Las elecciones generales de 1800, al dar el triunfo a Jefferson, el defensor de la "competencia personal" que debe ser asegurada por la constitución de un gobierno que respete todas las iniciativas individuales, sobre Hamilton y demás estadistas que desaban crear un poder dominante y centralizador, dividieron el campo político norteamericano en dos grandes partidos—republicano y demócrata—e influyeron decisivamente en la futura orientación político-económica del país. "Amaneció un nuevo día en la vida política de los Estados Unidos, el día del individuo contra el sistema, el día en que el individualismo dió la gran consigna a la vida norteamericana". (Franklin D. Roosevelt, "Looking Forward", pág. 14).

Desde entonces hasta nuestros días—durante cerca de 150 años—, y a pesar de las vicisitudes de la política interna, republicanos y demócratas respetan esta consigna y consagran sus energías a la transformación de las viejas colonias inglesas en gran potencia mundial. Un inmenso territorio dotado de todos los recursos naturales, una poderosa corriente de emigración y un mercado económico favorable facilitaron e hicieron posible su empresa y, al cabo de un siglo, un pueblo de más de cien millones de habitantes y poseedor de todos los adelantos modernos, trabajaba sin descanso desde California a Nueva York, desde Canadá a México, para obtener la primera capacidad económica del orbe con el mínimum de energía.

Y esta enorme “prosperity”, este progreso que se traducía en una política imperialista, en una economía que tenía sus mercados en los cinco continentes, en ferrocarriles y rascacielos, y una riqueza privada colosal, había sido obtenida por los principios liberales de la economía individualista. Negar esta realidad era dudar de la evidencia...

Injusticia habría sido no colocar en la entrada de Nueva York la estatua de la Libertad, de curioso destino.

Construída con el objeto de dominar la ciudad, de ser el símbolo del mayor de sus ideales, no tardó en verse empequeñecida por los grandes rascacielos que en el atardecer la cubrían con sus sombras, en perderse en medio del humo de miles de chimeneas y de los transatlánticos que en cien horas llegaban al viejo continente.

Progress and prosperity, fórmulas “mágicas”, se alzaban contra la libertad. La economía liberal resultaba incontrolable, como esas cureñas que se soltaban en los puentes de los antiguos bajeles y destrozaban sus costados: la guerra europea había enriquecido a la nación hasta lo indigesto—como afirma humorísticamente Bardina—y un régimen supercapitalista anulaba toda aquella “competencia personal” que entusiasmó a Jefferson.

Ya Theodore Roosevelt había comprendido el peligro y procurado atajar la formación de los trust, sin éxito

alguno. La economía dominaba por completo la política de los Estados Unidos y Wall Street decidió, invocando "The liberty", excusa célebre, no terminar con el capitalismo que tanto beneficiaba a sus personeros. Wilson no obtuvo tampoco ningún resultado en este sentido. Banqueros y corredores de la Bolsa, gestores y capitalistas se reían de las amonestaciones de un cuáquero que no entendía la realidad.

Desde ese momento se ahoga la libertad económica y se oculta este hecho con el manto de la realidad. El individualismo, germen destructor de nuestra cultura, demostraba una vez más que lleva dentro de sí el principio de su propia destrucción por ser esencialmente inhumano.

La realidad, entretanto, era magnífica... De 1920 a 1929 los republicanos asisten entusiasmados al espectáculo de las mayores especulaciones. Como la capacidad adquisitiva es "ilimitada", se producía sin tasa ni medida; compañías con capitales fabulosos se dividen la tierra como antaño lo hicieran portugueses y españoles; había "holding", palabra intraducible, como el del consorcio Morgan p. ej., que controlaba empresas que representaban veinte mil millones de dólares.

Nadie recordaba la palabra bluff. Harding contaba las grandezas de EE. UU., "pueblo único que está escalando a pasos de gigante las cimas del progreso", mientras ordenaba la construcción de 80,000 Km. de caminos para dar trabajo a los cesantes. Coolidge, cuya petulancia solo era comparable con su miopía, sostenía que "no habría causa alguna para detener la prosperidad creciente de América" y agregaba en 1929, cuando 5.000.000 de títulos bajaban de 5 a 40 puntos: "la crisis se está acabando". Reality it the great ideal.

De improviso, en Octubre de 1929, sucede algo incomprensible: el Stock Exchange contempla atónito los saltos violentos del ticker de la Bolsa, que anuncian la bancarrota. En medio del pánico, la prosperidad se derribaba como castillo de naipes, la "realidad" daba un salto mortal.

"Y entonces vino el estallido. Las maquinarias colo-

sales quedaron paradas. Los hombres perdieron sus empleos; el poder de compra se secó; los Bancos se asustaron y cerraron sus ventanillas. Los que tenían dinero no se atrevieron a desprenderse de él. El crédito se contrajo. La industria se detuvo. El comercio decayó y creció el número de cesantes". (Roosevelt, "Looking Forward", pág. 20).

La realidad se tornaba adversa. Desaparecido el optimismo, acentuada la crisis por momentos de 1929 a 1932 se intenta con desesperación buscar soluciones, aun por medio de leyes que debían producir enormes trastornos en el mercado interno y en el internacional, como las que alzaban las tarifas aduaneras para salvar la industria y la balanza de pagos en oro y hundían, a la vez, la agricultura.

A la desesperación siguió el desaliento total. Los magnates de Wall Street y los políticos de Washington reconocen su impotencia: solo el Presidente Hoover se empeña en anunciar periódicamente que no había motivo alguno para tanta alarma, que el libre juego de las leyes económicas bastaría para solucionar el problema.

Mas, se dudaba hasta de la realidad, con el espanto consiguiente de los puritanos defensores de la competencia, y como un presagio de nuevos males, de futuras incertidumbre, por las calles y caminos aumenta sin cesar el número de los que creen y exigen absurdas soluciones, de los que tienen fe en "irreales" principios y escuchan con entusiasmo los discursos de Roosevelt, candidato demócrata a la Presidencial Federal.

Un profundo cambio se había efectuado en la opinión pública y hasta los defensores de la prohibición se batían en retirada. Había gente que no podía comprender lo que sucedía; otros que preferían dejar abierto el paso a la última solución que se presentaba y guardaban silencio. Cuando se anunció por radio a todo el país el triunfo de Roosevelt hasta sus propios adversario tuvieron un momento de descanso: las responsabilidades ya no recaerían sobre ellos.

La realidad ya no podía ser ocultada con palabras

brillantes — Progress, Prosperity, Liberty se refugiaron en el diccionario — ni con el silencio culpable de la prensa al servicio del capitalismo individualista.

La agricultura, sacrificada a la industria y cubierta de deudas estaba completamente arruinada: la libra de algodón que en 1910 se vendía a 0.12 dólares era ofrecida en 1933 a 0.05 dólares y no había compradores; la fanega de trigo que en 1910 se cotizaba a 0.88 dólares y en 1920 a 2.25 dólares, costaba apenas, en Enero de 1933, 0.37 dólares. Las cosechas eran abandonadas en galpones y bodegas y los compradores a plazo eran despojados de sus tierras, animales y útiles de labranza.

En la industria sucedía otro tanto. En Detroit, el centro de la fabricación de los automóviles, no se sabía cómo pagar los obreros; y comparado con el de 1928-29 el comercio de automóviles se reducía a un 9 o/o del anterior, la venta de petróleo a un 19 o/o y la de tejidos de algodón a un 21 o/o.

Igual cosa ocurría en las demás ramas de la producción y hay un dato que revela la intensidad de la crisis con mayor fuerza que el hecho de que cuando Roosevelt asumió el poder hubiera dos mil bancos en quiebra y otros dos mil a media quiebra; y que en todo el país se produjeran choques diarios con la policía, se asaltaran las tiendas y estallaran continuas huelgas: la cesantía.

En el invierno de 1933 un tercio de la población de los Estados Unidos vivía gracias a las subvenciones del Estado. Había 17.000.000 de desocupados que representaban un total de 45.000.000 de personas que era necesario alojar, vestir y dar de comer y entre las cuales se contaban individuos de todas las clases sociales. La cesantía profesional era una de las más graves e insolucionables. Los fondos de subvenciones de las ciudades se agotaban con vertiginosa rapidez. En Chicago, sin ir más lejos, había 800.000 desocupados y se gastaron en subvenciones, en 1930, 5.000.000 de dólares provenientes de la caridad privada; en 1931, 7.500.000 obtenidos en la misma forma y que se terminaron en Febrero, y, además, 18.000.000 que dió el estado de Illinois; en 1932, fuera de las sumas reu-

nidas por las erogaciones particulares y entregado por el estado, fué preciso que el gobierno federal de Wáshington concediera una ayuda especial de 45.000.000 de dólares.

This is reality...

LA "IRREALIDAD"

Sin abandonar la paradoja inicial podemos decir que mientras la falsa realidad que acabamos de bosquejar, realidad que es una burda irrealidad, se distingue por su deshumanización, la nueva política de Roosevelt, motivo de burla por sus principios irreales, según los pseudos realistas gestores y financieros, es netamente humana. En el fondo, es un abandono de los principios teóricos del liberalismo para reemplazarlos por soluciones de acuerdo con las necesidades vitales del pueblo.

Por esto se ha dicho que es el triunfo del hombre de la calle, de Main Street sobre Wall Street; por esto es imposible comprenderla haciendo abstracción de los hombres que la han impulsado.

Y la fuerza de Roosevelt reside, precisamente, en ser un "hombre de la calle". (La expresión está bastante gastada pero es indispensable). No hay que buscar en él ni al profundo reformador capaz de descubrir nuevas soluciones de validez universal, ni al estadista de gran estilo como opina el señor Wells con su sospechosa erudición.

Es un norteamericano como tantos otros, sin mayores pretensiones, que en todo momento se ha contentado con ser un gobernante norteamericano y no un dirigente mundial. En este sentido tiene una gran superioridad—la superioridad del propio conocimiento—sobre el mesianismo puritano de Wilson.

Decir que es un "hombre de la calle" no indica desconocimiento de sus méritos: es hacer resaltar su mayor cualidad y descubrir el secreto de su éxito, al menos del personal. Como tal, es un hombre de voz dulce, rostro calmado, proveniente de viejas familias, que representa genuinamente el tipo—como diría Keyserling—peculiar de

su pueblo; que posee identidad de sentimientos, incluso los deportivos, con sus conciudadanos, que conocedor de esta característica suya no adopta actitudes de hombre genial y llega a reconocer con demasiado facilidad sus errores; que tiene un fuerte sentido común que le ha permitido captar el sentimiento anti-individualista de nuestra época y actuar en conformidad a esta intuición, actitud a que no habría llegado por su sola formación.

Como tal ha sido fácil que el pueblo norteamericano se dejara prender fácilmente en las redes de su atracción personal, que se le mire con benevolencia aún en los círculos que más le combaten; que en los primeros meses de su gobierno todos desearan su éxito y tuviera una magnífica acogida.

Este hecho es, pues, fundamental: explica sus ideas y actuaciones, contiene la base de su triunfo y, a la vez, y como veremos más adelante, encierra el mayor de los peligros que deberá afrontar.

Explica sus ideas y actuaciones. Un hombre de esta naturaleza debè tener un sano sentido de la realidad que le impide, en cualquier momento, enredarse en estrechos legalismo o en añejos principios y esta cualidad quedará demostrada con su acción misma. Podrá adaptarse con facilidad a las nuevas circunstancias; en él predominará la intuición sobre la deducción; tendrá una rápida comprensión intelectual.

Sabrá, además, emplear a los hombres, hacerse apreciar de ellos. El caso de la caída de Moley que estando en la conferencia de Londres tuvo que renunciar cuando el Presidente abandonó bruscamente la política del oro es un buen ejemplo al respecto. Roosevelt continuó dispensando a Moley su confianza en tal forma que nadie pudo decir que había habido una ruptura entre ambos.

Sus ideas han de corresponder también a las de todo norteamericano. Ha tomado su cargo, se podría decir, con un criterio comercial. Antes que estadista se siente el gerente de una vasta empresa que es preciso hacer reaccionar, repudiando las causas que la han arruinado, proporcionándole un efectivo bienestar a los que en ella colabo-

ran, buscando con rudeza suaves fórmulas de acción; antes que pensador es un hombre de acción. Basta leer su obra "Looking Forward" para convencerse.

No se inspiró, por consiguiente, en ningún programa: haría lo que estuviera a su alcance, decidió ensayar y esto fué suficiente para que el pueblo, hundido en feroz pesimismo, le llevara al poder. Su serenidad optimista le daba una gran superioridad. Había perdido la fé en el liberalismo y como no tenía otra, esta circunstancia no le ha preocupado mayormente. Ante todo era preciso tener éxito, poner de nuevo en marcha la empresa.

Esta idea del éxito que se debe obtener a cualquier precio le demostró la necesidad de cambiar totalmente el régimen económico y de repudiar la acción demoledora de los partidos y del parlamentarismo, le hizo detenerse ante una verdadera revolución: le dió la energía que se requería para llevar adelante a obra; y, por último, le hizo apreciar la necesidad de buscar un estado mayor de economistas que le secundaran en la empresa.

Por tener en grado sumo las cualidades del pueblo norteamericano pudo comprender la urgencia de combatir el liberalismo, captando los deseos de su pueblo. No es un estadista sino un magnífico y audaz empresario. Su único descubrimiento ha sido el de la realidad. Por ello se le llama "irrealista"; y en ello estriba su grandeza.

Estas cualidades y defectos, revelan el valor humano de Roosevelt, su identificación con la mentalidad norteamericana y, al mismo tiempo, denotan su franqueza y sinceridad, franqueza y sinceridad que le hicieron comprender la necesidad de asesorarse por un grupo de técnicos y economistas y de actuar con rapidez espectacular, cosa que, además, prueba hasta qué punto ha sabido penetrarse de la psicología de su pueblo. Así nació el Brain Trust y se explica esas semanas de Abril a Junio de 1933 que paralogizaron con su audacia a los más recalcitrantes individualistas.

Con anterioridad a su elección, durante la campaña electoral y aún antes de ella, Roosevelt había ido formando a su alrededor un núcleo heterogéneo de expertos en

materias económicas, un equipo de ayudantes en que se encontraban mezclados tradicionalistas de la mejor sociedad como Dean Acheson y Lewis Douglas; Raymond Moley, oportunista audaz, profesor de Columbia, católico y liberal; Bernard Baruck y Félix Francfurter, espíritus realistas y finos, financiero de New York el primero y profesor de derecho de Harvard el segundo; socialistas convencidos como Berle y el profesor de Columbia Rex Tugwell y muchos otros venidos de las tiendas más distantes, pero resueltos todos a imprimirle nuevos rumbos al país;—equipo que preparó esa sacudida brutal que significó la nueva política, de acuerdo con las nuevas orientaciones económicas y después de un atento estudio del estado del país.

No hubo propiamente un programa de reconstrucción financiera. Roosevelt y el Brain Trust tienen profunda desconfianza de las utópicas declaraciones de laboratorio hechas de antemano y que sirven únicamente para dificultar la acción. Había únicamente hombres dispuestos a detener a cualquier precio la crisis, aunque para ello fuera necesario pasar sobre el Parlamento, los partidos o los intereses industriales.

Los puntos del programa se encontraron de hecho, en la realidad de esta lucha contra el liberalismo democrático que había arruinado al país, y sus defensores no sienten por ellos esa absurda admiración de la vieja economía por sus pretendidos principios.

Creer que son los menos malos, los más adecuados dadas las circunstancias, pero creen también que si estas cambian el programa deberá ser modificado. Por esto se ha hablado de la NIRA como un ensayo. Un buen ejemplo de esta actitud se encuentra en la política monetaria. Durante las elecciones Roosevelt había prometido mantener el padrón de oro y con este objeto, una vez en el gobierno, envió una delegación a la Conferencia de Londres. Mientras ésta sesionaba comprendió que era preciso desvalorizar la moneda para descongestionar los créditos agrícolas y robustecer el mercado comercial interior con el alza de los precios y sin vacilar adoptó las medidas consiguien-

tes, aunque con ello se contradecía ruidosamente y desautorizaba a sus representantes en Londres.

El programa nació, pues, de los hechos. El 4 de Marzo de 1933, el mismo día de su ascensión al poder, y en medio de intranquilidad enorme de una intensa agitación social y política agudizada por la depresión que se encontraba en ese instante en su período álgido, declaró Roosevelt el Feriado Bancario hasta el 9 del mismo mes para impedir que se retiraran los capitales. Esta medida fué completada al día siguiente por el decreto contra los acaparadores de oro y que desolvió a los bancos 20.000.000.000 de fr. oro de los 37.000.000.000 que se habían retirado.

Estos hechos, como la muerte de la prohibición por la ley que autorizaba la venta de la cerveza causaron una inmensa impresión. El pueblo se sintió guiado por mano enérgica y hasta en Wall Street se admiraba la conducta del Presidente y su deseo de hacer una repartición más justa de las riquezas, se aceptaba su política económica nacionalista. "Roosevelt tuvo la fuerza, la audacia y el atrevimiento de lanzar su país por el camino del nacionalismo económico y el país quedó encantado". (B. Fay: *Revue des deux mondes* 1.0-III-35).

Tan grave com el problema bancario era el de la cesantía. Los 17.000.000 de desocupados representaban la miseria de 45.000.000 de personas, de un tercio de la población de EE. UU., y era menester hacer frente desde luego al problema. Es curioso observar cómo la lucha contra la cesantía dió a Roosevelt y a sus colaboradores diversas soluciones económico-sociales en que no se había pensado y como las medidas fueron relacionándose entre sí.

La primera etapa de esta lucha contra la cesantía comprende una serie de medidas de aplicación inmediata, que sin remediar las causas tendían a disminuir los efectos:

a) Se destinan 500.000.000 para subsidios a los desocupados.

b) Se organiza con rapidez el Servicio del Trabajo—C. C. C. a base de campamentos militarizados y a cargo

de funcionarios civiles en lo relativo a las obras mismas. De este modo se enviaron 275.000 jóvenes a los campos, con un dollar diario de sueldo y de los cuales la gran mayoría fué dedicada a trabajos forestales.

c) Se destinan 3.300.000.000 dollars para las obras públicas.

d) Se propicia por todos los medios la vuelta a los campos de aquellos que habían abandonado las labores agrícolas para establecerse en las ciudades. Así se logra restablecer cierto equilibrio entre la agricultura y la industria, se descongestiona esta última y se reducen las masas de desocupados de las ciudades.

e) Esta vuelta a la tierra, este restablecimiento agrícola, era imposible si previamente no se libertaba a la agricultura de sus gravámenes. Este fué uno de los más poderosos motivos que se tuvo para desvalorizar la moneda a la mitad y facultar al Presidente para emitir 3.000.000.000 no garantizados que se amortizarían cada año en un 4 o/o, emisión y que hasta la fecha no se ha hecho.

f) Mas, para auxiliar a la agricultura, la más arruinada de todas las ramas de la producción, no bastaba la desvalorización de la moneda que permitiría liberar a los agricultores deudores: había que equilibrar la producción agrícola con la industrial.

El desarrollo de la industria había destruido la agricultura norteamericana, cuyos mercados exteriores habían sido cerrados por las represalias proteccionistas, y que se encontraba en una completa desorganización. Se debía, por tanto, alzar los precios de los productos agrícolas y evitar cualquiera sobreproducción. Para ello se fijan los precios mínimos de cada artículo y se controla la limitación de los cultivos, indemnizando a los agricultores por sus plantaciones abandonadas. Con esto se reducía la producción y el dinero volvía a circular en los campos.

La prosperidad se hizo sentir inmediatamente y si en 1932 un campesino del Mississippi tenía una entrada media de 220 dólares al año, ésta subió a 321 d. en 1933 y a 480 dólares en 1934.

Todas estas medidas, signos indudables de una nueva mentalidad, eran solo soluciones parciales aunque enérgicas y no extinguían las fuentes de los males económicos, fuentes que podrían resumirse en la estructuración capitalista de la economía, en su espíritu individualista. El gobierno había ya abandonado la economía liberal y adoptado verdaderamente la dirigida, había reducido al campo nacional los antiguos mercados nacionales; intervenía francamente en la producción, pero aún faltaba reorganizar las industrias, eje de la economía de los Estados Unidos.

La reforma del régimen industrial era infinitamente más peligrosa que la agrícola. Las compañías controlaban efectivamente la política y para llevarla a cabo era indispensable actuar con una energía aún mayor al margen del Parlamento y los partidos. Esta segunda parte del "new deal" comprende las medidas permanentes contra la desocupación y es propiamente la NIRA, aunque por ser la más importante su nombre se haya extendido a toda la nueva política.

Roosevelt no atacó de frente a los trust como habían intentado inútilmente los políticos defensores de la libertad individual de 1895 a 1910. Comprendiendo que los trust capitalistas eran la negación del individualismo—este era el motivo por el cual se les había atacado—no quiso en declararse el defensor del liberalismo económico y prefirió apoderarse de ellos transformándoles de enemigos públicos en auxiliares del gobierno. Cada industria se convierte en una especie de trust corporativo bajo la vigilancia del gobierno y es obligada a respetar las normas dictadas por el consejo económico de la NIRA y cuyo cumplimiento estaba encomendado al general Johnson.

Los principales puntos de esta reorganización del régimen industrial son los siguientes:

a) Disminución de las horas de trabajo para aumentar el número de los trabajadores.

b) Fijación de salarios mínimos y mantenimiento de salarios altos son el objeto de mejorar el mercado inte-

rior de las industrias. Esta medida responde a la dirección nacionalista de la economía de Roosevelt.

c) Se autorizan uniones industriales para alzar los precios, controlando el aumento por el costo real de la producción.

d) Se permiten y favorecen los sindicatos obreros y se les faculta para tratar con los empresarios.

e) Dictación de los "códigos" industriales. Cada rama de la producción debe reglamentar las normas anteriores de acuerdo con sus peculiaridades y necesidades particulares. De este modo se evita dictar disposiciones inaplicables en algunas industrias; y

f) Se faculta a la NIRA para sancionar las infracciones y llegar, incluso, a impedir a los impresarios continuar produciendo.

El efecto de toda esta política económica fué inmediato. Una brusca reacción pone término a la crisis y una actividad febril invade de nuevo los Estados Unidos. Por todas partes se encuentran los representantes del "new deal" y la nación recobra su confianza en el futuro. Al mismo tiempo se reorganizan los servicios públicos; se introducen economías en el presupuesto—Lewis Douglas, director del Presupuesto rebajó los sueldos en un 15 o|o—se controlan los bancos y las bolsas; y se cubre al país con una complicada organización de dirección económica, muy de acuerdo con la mentalidad norteamericana y que se conoce por las iniciales de sus diferentes actividades: A. A. A., C. C. C., E. C. W., etc. Todo el alfabeto desfilaría ante los ojos sonrientes de un pueblo que tenía depositada su esperanza en el Presidente.

A pesar, pues, de su "irrealidad" la nueva economía—the new deal—había alzado al país de su postración; a pesar de inspirarse en principios económicos y de justicia social que son motivo de la burla de los "realistas" era innegable que abría un nuevo período de la historia norteamericana.

(Continuará).

Doctor Julio Santa María

Médico dietista de la Beneficencia

La alimentación de nuestro pueblo

Complejo asunto que ofrece mil aspectos. Es culinario y gastronómico; pero es también económico y social, agrícola, higiénico, médico y aun moral. Y primeramente y ante todo es fisiológico.

(Dastre-La Vie et la Mort)

Entre los diversos problemas que se refieren a la salud pública, es sin duda uno de los más urgentes el de la alimentación popular.

En nuestro país, como había sucedido también en todo el mundo, la alimentación solo desde hace poco tiempo ha caído en manos de la ciencia médica y es curioso anotar con Randoín y Simonnet, que las primeras aplicaciones de la dietética hayan sido hechas antes en la ganadería y avicultura que al hombre. La triste experiencia de la guerra del 14 obligó en forma apremiante a racionalizar la alimentación en los países combatientes y la crisis posterior ha hecho sentir en todas las naciones la necesidad de estudiar la forma cómo se alimenta el pueblo y los medios más eficaces para solucionar sus defectos.

Un doble aspecto han tenido estos estudios: científicos los unos, para determinar cuál sería la alimentación más adecuada para un determinado trabajo o esfuerzo; prácticos los otros, destinados a poner esa alimentación al alcance del consumidor. En marcha todos ellos, la comparación de sus líneas paralelas permite ya obtener interesantes conclusiones.

* * *

Los resultados de los estudios fisiológicos, sin ser en todos sus puntos definitivos como lo reconoce con sinceridad Jaime Pi-Suñer en sus "Cuestiones Dietéticas" apa-

recidas el año pasado, son sin embargo, suficientes para dar ya una orientación pública definida.

Podemos aceptar como punto de partida la tradicional comparación de nuestro organismo con una máquina a vapor en que el carbón representa los alimentos; pero desde ya surgen las esenciales diferencias, sin insistir en el hecho de que nunca se ha visto a una locomotora acercarse sola a la carbonera o discutir con el fogonero por la clase de carbón que se le sirve. La máquina viviente de nuestro organismo no sólo debe aprovechar su combustible para obtener la energía necesaria para las funciones vitales, sino que el alimento debe también subvenir a las reparaciones por desgaste que a la máquina física compensan en la maestranza.

La nutrición es carbón y mantención y de aquí el doble aspecto, energético y material del problema. Los alimentos, en tanto cuanto contribuyen a liberar la energía necesaria para el trabajo interno de los órganos y externo muscular, se valoran por las calorías que producen. Considerados como conductores de materias primas para compensar el desgaste del cuerpo, deben aportar al organismo aquellos elementos químicos de que se compone: agua, albúminas o proteínas, hidratos de carbono, cuerpos grasos, sales minerales; entre estos elementos los más importantes son las albúminas, por lo que se toma el contenido en ellas de los diversos alimentos para valorarlos en este aspecto cualitativo de la alimentación.

Pero en la máquina física hay también necesidad de lubricantes y algo parecido requiere la humana que debe recibir por este capítulo sales determinadas y en especial equilibrio entre ellas y las popularizadas vitaminas al lado de fermentos y otros cuerpos especiales.

Agreguése a lo anterior el hecho de que la alimentación debe adaptarse a las variedades de edad, sexo y trabajo muscular desarrollado y se verá el complejo problema que significa darnos el fisiológico pan nuestro de cada día.

Mínimum de calorías y minimum de albúminas son los dos puntos de reparo más importantes para una pri-

mera apreciación de la suficiencia de una dieta alimenticia. Como cifras standar de aporte energético, o sea como medida para relacionar los alimentos con el trabajo, podemos tomar las siguientes:

Calorías

Trabajo moderado con 8 horas de reposo en el lecho... .. .	2.300
Trabajo medio, con 8 horas de reposo en el lecho de 2.800 a... .. .	3.500
Trabajo intenso, con igual reposo, de 3.500 a. . .	5.000
cifras que en la mujer se reducen de un 10 a 15 o/o.	

Para el aporte de proteínas, un hombre de 70 Kgrs. necesita al día como minimum:

Grs.

Trabajo liviano..	84
Trabajo medio... .. .	105
Trabajo fuerte..	120
Trabajo intenso..	140

Es necesario recalcar que entre los dos minimum, el más importante es el de proteínas. En algunas circunstancias, pues, forzando la ingestión de algunos alimentos que producen muchas calorías se puede llegar a un falso equilibrio nutritivo que parece compensar el trabajo muscular, cuando en realidad no repara el desgaste corporal del individuo ni atiende al buen funcionamiento de su salud, de su actividad intelectual, ni de su actividad genésica. Para todas estas funciones se necesita imprescindiblemente un minimum de proteínas.

Vale también hacer notar que la alimentación ha de ser variada y contener productos tanto de origen animal como vegetal, suficiente cantidad de verduras, frutas, aceites, etc., pues en otra forma el organismo no dispone de todos los elementos que necesita y que se encuentran en distintas proporciones en los diversos alimentos que ingiere. Si desde el punto de vista terapéutico los regímenes vegetarianos son a veces recomendables, la dieté-

tica, colocada en un terreno menos sentimental, no puede menos que reconocer la necesidad de la carne dentro de la alimentación completa. Es cierto que la visita a algunos de nuestros Mataderos Modelos (?) Municipales es capaz de producir grandes adeptos a los sistemas de Gandi y que el precio prohibitivo de la carne le recluta nuevos; pero más vale subsanar estos inconvenientes que proclamar, como la zorra de la fábula, que la carne es dañina: fisiológicamente debe recibirse por lo menos la mitad de proteínas animales.

No es del caso entrar en mayores detalles sobre el aspecto científico del problema, pues, con las nociones más arriba expuestas, tenemos ya puntos de comparación para aquilatar el valor nutritivo de nuestra alimentación popular

* * *

Es desgraciadamente aún escaso el material de encuestas nacionales que permitan hacer una apreciación definitiva sobre el estado de nuestra alimentación. Que un análisis somero de ella revela sus defectos lo demuestran innumerables testimonios; así, el Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Prof. Luis Calvo Mackenna decía en 1925 al analizar cifras de mortalidad en recién nacidos: "Ni la tuberculosis, ni la sífilis, ni la falta de higiene, ni las condiciones de habitación, etc., pueden acusarse, pues ninguno de estos factores varía en forma violenta de un año para otro" y más adelante en la misma comunicación a la sociedad de Pediatría continuaba: "¿No es lógico pensar, entonces, en que la enorme crisis económica que reinó en el país en esos años (1924-25) redujo aún más aquellas raciones alimenticias ya escasas y mal combinadas y proporcionaron a las madres en gestación o en lactancia un material nutritivo más pobre aún y en extremo deficiente para el desarrollo del embrión o del niño?"

El año 1930 nos visitaron los Profesores Debré y Olsen, miembros de la Organización de Higiene de la Sociedad de las Naciones y en su informe oficial a dicho organismo dicen: "Un problema de gran importancia, que en

“verdad concierne ante todo a Chile... es el de la alimentación de todo el pueblo” y agregan “el problema es grave en Chile y es por otra parte complejo, pues hay que considerarlo al mismo tiempo bajo los puntos de vista higiénico, económico, agrícola y educativo”. Podríamos seguir enumerando opiniones tan autorizadas como las del higienista Dr. Long y las del Profesor Tadasu Saiki, Director del Instituto Imperial de Nutrición del Japón o las observaciones que en estos momentos realiza el Profesor Dragoni de la Liga de las Naciones; pero más interesante es citar las cifras de los trabajos hasta ahora realizados por diversas investigaciones nacionales.

Analizando nuestros aleatorios datos estadísticos el Profesor CruzCoke llegaba a las siguientes cifras de la ración por persona y por días: 2.900 calorías con 106 gramos de albúminas como término medio para los años 1926-27. Por medio de encuestas personales se obtuvo en la capital, la composición de la dieta de 50 familias de diferentes clases sociales y sus resultados aparecen en el mismo trabajo publicado en la Revista Médica de Chile de Junio de 1928; ellos dan 2,600 calorías con 102 grs. de albúmina por persona y por día. Generalizando ambos datos acepta como ración media por habitante una con 2,750 calorías y 105 grs. de proteínas.

Comenta Cruz-Coke los datos anteriores diciendo: “Esta ración de promedio es sin duda insuficiente, pues nos hemos puesto en las mejores condiciones posibles, condiciones que como hemos repetido, solo se realizan en las ciudades. Y esto es tanto más grave cuanto que la ración media de un país debe ser siempre superior a la ración teórica mínima debido a las dificultades que pueden presentarse en la repartición de los alimentos, especialmente en Chile, país en que abunda el obrero de trabajo pesado que requiere el doble de esta ración que solo teóricamente le corresponde”.

En los estudios realizados por nosotros en Viña del Mar de Marzo a Agosto de 1933, la ración alimenticia por persona y por día entre los obreros de la Refinería de Azúcar alcanzó a 3,275 calorías con 105 grs. de proteínas.

Es de notar que las familias allí analizadas representan un sector especialmente favorecido dentro de la clase obrera, tanto por su salario medio (\$ 13 diarios) como por las ventajas dadas por la compañía: todas ellas ocupaban pequeñas casitas de \$ 20 o \$ 30 mensuales dotadas de suelos de madera, cocina, servicios higiénicos; la luz y el azúcar se dan a precio de costo; el agua y servicio de basura gratuito; pulpería a precios evidentemente más bajos que en el comercio y sistema de asignación familiar, entregada a la mujer en especies. Con todo ello el 80 o/o de las familias no consumían una ración suficiente para el requerimiento de su trabajo muscular y solo lo alcanzaban aquellas que tenían una entrada por persona superior a \$ 200 mensuales ya sea por su mayor sueldo o menor número de hijos. Aquellas con más de 5 niños quedaban todas en franco déficit alimenticio.

Algunas estadísticas antiguas (1930-33) obtenidas de las faenas salitreras e industrias mineras demuestran que allí el aporte calórico medio pasaba las 4,000 calorías. Pero, si bien es cierto que las 4,100 calorías de la pampa de Tocopilla, las 4,200 de Braden, las 4,720 de la pampa de Antofagasta, etc., representan ya una alimentación más adecuada a las necesidades del obrero sometido a trabajo intenso su aporte proteico y la falta de elementos frescos hace decaer sensiblemente su valor nutritivo.

Continuando los estudios estadísticos de Cruz-Coke, Jorge Mardones y la señorita R. Reyes, del Instituto de Educación Física, han observado que la ración media de que puede disponer por día un habitante se ha estacionado en los últimos años alrededor de las 2,500 calorías.

Esta disponibilidad media merece los mismos comentarios hechos por Cruz-Coke a los resultados de su trabajo y permite suponer que la alimentación obrera queda muy por debajo de esta cifra ya que las encuestas de ambientes más holgados dan consumo de 3,500 a 4,000 o más calorías diarias. Comprueban este acerto las realizadas por el Departamento de Higiene de la Nutrición de la Dirección de Sanidad que, entre obreros de Santiago, obtiene algunos menús con sólo 1,100 a 1,350 calorías por persona, con un término medio de unas 2,000 calorías diarias.

Revisando la bibliografía nacional podemos encontrar también algunos estudios interesantes sobre la alimentación que reciben agrupaciones de personas que tienen una alimentación dirigida, tales como internados, hospitales, fuerzas armadas, etc. Los datos reunidos el año 1933 por la señorita R. Reyes en su memoria, permiten apreciar la ración recibida por 123 mil personas dándonos al mismo tiempo interesantes indicaciones sobre la composición de ella y la distribución de importantes elementos nutritivos según los medios económicos del individuo, y según la intervención científica que haya habido en la confección de esas dietas.

Como cifras medias, la señorita Reyes llega a las siguientes:

Colegios e Internados	3,000	calorías	diarias
Hospitales	3,100	"	"
Fuerzas armadas, cárceles	3,700	"	"

al mismo tiempo que el consumo de alimentos de origen animal llega a representar el 27 o/o de las calorías totales frente al 17 o/o dado por nuestra encuesta en Viña del Mar y el 10 o/o que arrojan los datos estadísticos medios obtenidos por Mardones. Estos porcentajes demuestran una vez más que la ración obrera es inferior al término medio estadístico como lo comprueban las cifras de la Dirección General de Sanidad, que dan alrededor del 8 o/o de las calorías totales en forma de alimentos animales.

Puede apreciarse, como ya lo habíamos indicado, que no son muchos todavía los trabajos de investigaciones realizados en nuestra patria sobre este importante problema. Por suerte se realizará dentro de poco una encuesta vigilada por una Comisión nombrada por el Gobierno y de que forma parte el profesor Dragoni, de la Organización de Higiene de la Liga de las Naciones, estudio efectuado con métodos standardizados que permitirán su comparación con los datos extranjeros. También muchas compañías industriales se han interesado por el asunto y con su cooperación y la de las Visitadoras Sociales se podrá llegar pronto a tener una carta suficientemente documentada y que permita conclusiones más amplias y generales.

Alberto del Valle Valenzuela.—

Louis Veillot, periodista católico

(Conclusión).

La dispersión de los jesuitas fué un momento amargo para los católicos franceses y hubo un sentimiento de desnotismo. Felizmente las elecciones de 1846 sacudieron su espíritu.

Los católicos, guiados por Veillot plantearon una cuestión fundamental. Para que los candidatos pudieran recibir el apoyo de los católicos, debían declarar su adhesión a la lucha por la libertad de enseñanza. No nos interesa, decía, echar abajo a Guizot o elevar a Thiers. Lo que nos importa es imponer a Guizot, a Thiers, al Gobierno, a la dinastía, la obligación de cumplir las promesas de la Carta Constitucional.

Los resultados de esta política fueron muy claros. En su discurso oficial Guizot reconoció el derecho inviolable de las familias y de la Iglesia en materia de enseñanza. Por otra parte a los 20 diputados favorables a la libertad de la legislatura anterior, sucedieron 140 que se pronunciaron contra el monopolio.

Otra grande esperanza llegó a los católicos del mundo. Pío IX subía al trono pontificio rodeado de la doble aureola de la juventud y de la popularidad. "L'Univers" lo saludó jubiloso. Este Pontífice, declaró, aplicará a los nuevos tiempos las antiguas verdades y el mundo caminará hacia la salud.

Dos nuevas obras emprendió por ese tiempo desde su diario. Fué la primera la uniformación de la liturgia, según las normas romanas, apenas seguidas en la minoría de las iglesias de Francia. El famoso benedictino Dom Guéranger, superior de la Abadía de Solesmes, tomó a su cargo la tarea secundado por "L'Univers", que desde sus columnas logró apasionar al público con esta reforma, tan contraria al espíritu galicano. Y fué la segunda, la creación del dinero de San Pedro. Sobre la base de una donación anónima hizo un llamado a los católicos de Francia. Los Obispos aprobaron la iniciativa y nuevas donaciones

llegaron. La obra se puso en marcha y el mundo sabe hoy lo que ella significa.

Pero la cuestión religiosa por excelencia, la libertad de enseñanza, no se resolvía. Luis Felipe no quería renunciar al monopolio universitario y con ocasión de una Memoria dirigida por los Obispos Franceses al Papa, el rey amenazó directamente a Monseñor Affre, Arzobispo de París. "Acuérdese, Arzobispo, le dijo, que más de una mitra se ha roto en pedazos". "Es verdad, majestad, contestó el Arzobispo, pero que Dios conserve la corona del rey, porque también se ha visto caer muchas coronas". A los pocos meses vino la Revolución de 1848.

Veillot la presintió y la anunció en medio del desdén de la burguesía gobernante. Los hechos le dieron la razón. La prohibición decretada por el Gobierno, de un banquete organizado por la oposición, provocó algunos disturbios populares. El Gobierno quiso reprimirlos y no pudo. Se levantaron barricadas en París, las tropas no defendieron al rey y cuando los revolucionarios se acercaban a las Tullerías, el rey Luis Felipe abdicó.

La revolución, al principio tímida, tomó un carácter de lucha de clases que se extendió a varios países de Europa. Fué la primera aparición pública del socialismo y del comunismo. Durante cuatro meses la anarquía dominó a Francia y la lucha entre el pueblo y la burguesía liberal no se dió tregua. La organización de los Talleres Nacionales, sistema de alimentación de obreros ociosos arruinó el comercio y destruyó el crédito. En uno de los tantos motines, Monseñor Affre, que había ido a las trincheras a pacificar a los revolucionarios fué muerto por éstos.

Se organizó un gobierno provisorio que decretó nuevas elecciones. Se produjo esa doble vida de los períodos revolucionarios: un aparente gobierno sin autoridad y la lucha brutal en las calles.

Los católicos se aprestaron para las elecciones, a pesar de que una profunda división se había producido. Montalembert y Veillot eran escépticos del nuevo orden de co-

sas y dudaban del sistema republicano que se sostenía por Lacordaire, Ozanam y otros católicos. Estos llegaron a fundar un diario, "L'Ere Nouvelle", que llevaba como lema: "El Cristianismo es la Democracia".

Un buen número de católicos y eclesiásticos fueron elegidos: Montalembert, Lacordaire, tres obispos y diversos sacerdotes. A Veillot le ofrecieron diputaciones de todas partes. Su respuesta fué una sola: "Mi sitio en el diario me da tanta parte en la acción y me impone tanta responsabilidad, que no puedo cargar con este nuevo fardo"

Llamado el pueblo a elecciones, la lucha se trabó entre Cavaignac y el príncipe Luis Napoleón. La división de los católicos se precisó. El diario de Lacordaire se decidió por Cavaignac. "L'Univers", por Luis Napoleón.

Veillot se sentía adherido al príncipe por su actitud hasta este momento. Había tenido la habilidad de declarar que la protección de la religión, que corresponde al Estado, envuelve como consecuencia la libertad de enseñanza. Por otra parte, cuando tropas francesas fueron a Roma a reponer en su trono a Pío IX, contra la declaración de Cavaignac que habló de sólo proteger la persona del Papa, Luis Napoleón declaró que debía entenderse que se trataba de asegurar el poder temporal de los Pontífices.

Luis Napoleón fué elegido por inmensa mayoría y formado el Ministerio, la cartera de Instrucción fué dada a un católico: el conde de Falloux, amigo de Veillot, y que llamó como consejero al Obispo de Orleans, Monseñor Dupanloup.

Entre tanto, Veillot no olvidaba sus antiguas disciplinas, y además de sus artículos en El Universo, publicaba folletos y estudios de la más variada índole. El esclavo Vindex, Al día siguiente de la Victoria, Negro y Rojo, un estudio sobre Lamartine y sobre todo, su famosa obra Los Librepensadores.

Es este libro el más vigoroso cuadro de la burguesía incrédula y de los enemigos de la sociedad y de la religión. Todo el ardor del polemista toda la energía del cristiano, todo el talento del escritor están en ese libro que analiza a los escritores, a los periodistas, a las mujeres de letras, a los políticos, a los hipócritas. El éxito fué inmenso y

las polémicas que levantó agitaron por largos meses al periodismo francés. Un caso singular señalan los biógrafos de Veillot. Uno de los atacados fué el periodista socialista Bergougnieux, que sintió una inmensa cólera ante la violencia del ataque. Se preparaba para responder y quiso meditar la réplica dándose algún tiempo. Pero esta meditación lo llevó más lejos, y reconociendo sus errores, abjuró de ellos y poco después murió como creyente.

El año 1849 fué para Veillot y los católicos franceses el de preparación para la fase decisiva de la lucha por la libertad de enseñanza, ya aceptada en el ambiente político. Las Cámaras mostraban una tendencia católica: habían aprobado la restauración del Sumo Pontífice por el ejército francés en Italia y la vuelta de los Jesuitas a Francia.

Los católicos habían formulado su demanda en términos muy precisos. "Entendemos por libertad de enseñanza la facultad concedida a todos de tener, bajo la supervigilancia del Estado, establecimientos de instrucción absolutamente independientes de la Universidad". Era la vieja aspiración de Veillot y Montalembert, sostenida por El Universo a través de los años.

Pero el Ministro Falloux y su consejero Monseñor Dupanloup no lo estimaron así, y de acuerdo con Thiers propusieron un proyecto aprobado en definitiva al año siguiente y conocido con el nombre de Ley Falloux. La enseñanza es libre, pero se organiza bajo la dependencia de la Universidad. Y ésta ejercía sus derechos por diversos caminos: el grado exigido a los profesores, la revisión de los textos, la inspección de los colegios y el derecho a tomar exámenes. La concesión del derecho de enseñar en favor de las órdenes religiosas quedó en suspenso. Sólo una ley posterior vino a declararlo.

Comparada esta ley con la antigua opresión y vistos sus resultados a lo largo del siglo XIX, fué un triunfo. En ese momento se la consideró una derrota y Veillot fué de esa opinión, por lo cual la criticó desde el diario. Montalembert, que había contribuido a su dictación se

sintió irritado y el diario de Monseñor Dupanloup la defendió, con lo cual se produjo una larga controversia, a que sólo puso término la acción de los Obispos franceses que exigieron la unión.

Un grave problema político se planteaba en esos momentos. La mayor parte de los católicos franceses eran legitimistas, esto es partidarios del Conde Chambord. Pero como su restauración era imposible, los elementos conservadores preferían a Luis Napoleón antes que la anarquía. Montalembert y Veuillot sostuvieron esa opinión y cuando en Diciembre de 1851 el Presidente disolvió las Cámaras y prorrogó sus propios poderes, El Universo se declaró su partidario, en medio de las más crueles invectivas de los orleanistas.

Para Veuillot el problema no tenía mayor importancia, y su tesis se planteó así: La Iglesia está al margen de las cuestiones de régimen político. El papel de la Iglesia en este mundo, no es el de morir defendiendo a los Gobiernos, sino el de vivir en paz con ellos y sobrevivirlos, ayudándoles a conducir a los pueblos y pidiéndoles su salvación. No se retira jamás de la labor, porque los pueblos y los Gobiernos tienen siempre necesidad de ella, particularmente cuando su locura se irrita contra su acción. A esta conducta tan sabia y valerosa debe la Francia el derecho de tener un porvenir, de ser todavía una nación católica, y de ser, a pesar de sus gracias, probablemente la primera nación católica del mundo. Estas declaraciones fueron ampliamente aprobadas por el episcopado francés.

Pero al año siguiente el régimen de Luis Napoleón fué haciéndose más duro. Restringió la libertad de prensa y declaró propiedad del Estado los bienes de la familia Orleans. "L'Univers" atacó cuanto pudo, dentro de la rígida censura existente, estas medidas, sin lograr mucho. El Gobierno pretendió conquistarlo y ofreció a Veuillot un sillón de consejero de Estado. Rehusó. Le propuso una diputación. La rechazó igualmente. "No puedo aceptar, dijo, una recomendación que me impondría una especie de servilismo. No tengo interés en hacer oposiciones, pero

no puedo prometer la aprobación de todo lo que se me proponga”.

Se le ofreció la Legión de Honor, y la rechazó igualmente.

Pero la misma cuestión política y la independencia de Veillot produjeron la incomprensión de su obra. Amargas polémicas suscitadas con el Arzobispo de París, Monseñor Sibour y con el Obispo de Orleans, Monseñor Dupanloup, que llegaron hasta Roma, produjeron la prohibición de leer “L’Univers” en ambas diócesis y obligaron a Pío IX a intervenir y a dar toda la razón al gran periodista. Hizo éste su primera visita a Roma y en esa ocasión el Pontífice fué de tal manera afectuoso y paternal con él que todas sus inquietudes y preocupaciones se disiparon. Llegó Su Santidad en una Encíclica, *Inter Multiplices*, a hacer alusiones transparentes a la obra de “L’Univers” y a recomendarla a los Obispos.

Veillot tuvo que luchar dentro del propio campo católico con dos enemigos declarados de la disciplina de Roma: El galicanismo, que oponía a la soberanía del Pontífice pretendidas costumbres y franquicias nacionales y el catolicismo liberal, que restringía la libertad del Papa en la integral afirmación de los principios católicos. Veillot contribuyó a formar en la mayor parte del clero y del pueblo francés una unión más íntima con Roma y una mejor comprensión de la doctrina católica. De este doble origen arranca la larga y dolorosa lucha en que se vió envuelto con obispos galicanos y con católicos de tendencia liberal.

Pero estas lamentables polémicas no monopolizaban la enorme actividad de Veillot. Su lucha contra los librepensadores y sus más gloriosos representantes fué sostenida y brillante. Se batía por igual contra los grandes diarios como “Le Journal de Debats” y “Le Siécle” y contra los grandes escritores como Víctor Hugo y Béranger.

No hubo problema en Francia que no fuera analizado. Y en cada ocasión, el talento y erudición del periodista asombraban, puesto que demostraba conocimientos que nadie imaginaba. Lo rodeaba en el diario un grupo selecto:

Melchor du Lac, Eugenio Veillot, Aubineau, el Conde de la Tour, los abates Morel, Moigno, Rohrbacher, Combalot, Dom Guéranger y Dom Pitre, los grandes benedictinos y muchos otros.

El nombre de Veillot se había extendido por toda Francia. No solamente su diario había llegado a ser para los católicos como una bandera y un punto de unión sino que su casa era un centro, por el cual pasó lo mejor de Francia y sobre todo aquella parte de la opinión que se alejaba de galicanismos dudosos y se acercaba a Roma y al Santo Padre. En 1858 hizo una nueva visita a Pío IX. Ahí fué recibido en triunfo y el Pontífice le expresó: "Siempre has estado, hijo mío, en el buen camino. No saldrás de él".

III

Declarado el Imperio, Veillot tuvo frente al gobierno de Napoleón III una actitud de adhesión, en cuanto veía en él al gobernante que hacía política cristiana, tanto con relación al poder temporal del Papa, y al problema educacional, cuanto en lo que miraba al rol de Francia como eje de la civilización cristiana, en la Guerra de Crimea. Pero al mismo tiempo, era una actitud de independencia que le permitía censurar con toda energía los malos actos de esa misma política.

Y estos no fataban: fueron características de Napoleón III la indecisión y la tortuosidad. Si bien él comprendía que necesitaba el apoyo de los moderados, es indudable que sus tendencias eran extremas y de ahí que su conducta en la cuestión romana fuera contradictoria.

Un folleto oficioso, emanado del Gobierno, daba a entender que Francia no pondría obstáculos a la unificación italiana y el Monitor Oficial, con la firma de Edmundo About publicaba unas crónicas de Roma, en que se difamaba al Papa. El Universo atacó violentamente estas actitudes. Recibió diversas advertencias previas a la clausura del diario. Por fin, la publicación de una encíclica, que el Gobierno había prohibido divulgar, decidió al Emperador. La policía se incautó de la edición y el diario fué clausurado.

La impresión en Francia fué enorme. Todas las simpatías rodearon a Veuillot. Sus mismos enemigos se callaron y el cuerpo de redactores del 'Journal des Debats' fué a rendirle homenaje. La prensa extranjera comentó la noticia como un hecho muy grave y aun diarios hostiles a Veuillot constataron que en la Bolsa de París se había producido una baja general.

A este concierto de elogios de Francia y del extranjero, se unió la voz de Pío IX. Cuando unas semanas después el gran periodista llegó a Roma, el Santo Padre lo acogió tan tierno y afectuoso que la entrevista produjo honda emoción entre los que la presenciaron.

Privado Veuillot de su diario se sintió como amputado. Tuvo el propósito de editar un diario en el extranjero, pero comprendió que la publicación sería proscrita en Francia. La medida iba dirigida exclusivamente en su contra. Eugenio Taconet, el editor de 'L' Univers', había recibido autorización para fundar otro diario 'Le Monde', pero con la condición precisa de que ni Luis ni Eugenio Veuillot escribieran en él.

Volvió sin embargo a Francia. Se le ofrecieron lucrativas situaciones. 'Le Figaro' trató de tentarlo con colaboraciones literarias espléndidamente pagadas. Las rechazó. Le propusieron una diputación. No le interesó.

Durante siete años, que estuvo privado del diario, Veuillot se dedicó a labor literaria. Son de esa época El Perfume de Roma. Diversas series de Misceláneas y numerosas folletos, entre los cuales vale citar El Papa y la Diplomacia, la Ilusión Liberal y Waterloo. En este último anunció proféticamente al Imperio un desastre militar análogo al de Napoleón I.

De este mismo período es La Vida de Nuestro Señor Jesucristo, el más alto testimonio de su fé. Bien conocido es el origen de este libro:

Renan acababa de escribir su Vida de Jesús, en la que con todas las galas del lenguaje y la más hábil apariencia se reducía a Nuestro Señor a la simple condición de un hombre, libro que había sido recibido por los incrédulos y literatos de la época como una elevada manifestación de la ciencia histórica y de las letras, y que fué para

los católicos la más hiriente profanación de la divina personalidad del Salvador del Mundo.

Se le había pedido una refutación del libro. El creyó más oportuno escribir una obra, en cierto modo, paralela. Según su opinión, el método más seguro para humillar al blasfemo, que había pretendido reducir a Cristo a las proporciones de un hombre, era hacer resplandecer en Nuestro Señor, el Dios y con intensa emoción se puso a la tarea. Estaba preparado para ella, pero antes de dedicarse a escribir quiso profundizar el tema, para lo cual puso al día todos sus estudios y conocimientos anteriores. La obra tuvo un éxito clamoroso en el mundo entero. En Chile se hizo una traducción por el señor Carlos Rissopatrón. Pío IX le manifestó su alta adhesión. "Hemos juzgado, decía, que has escogido el método mejor adaptado al fin que te proponías y que te has mostrado plenamente digno de él.

Otro gran libro de Veuillot es de este mismo tiempo. "Los Olores de París", verdadera continuación de Los Librepensadores. Esta formidable sátira, que constituye el más vigoroso y crudo retrato de la sociedad de su tiempo, ha sido señalado por muchos como su obra maestra.

Llegado el año 1867 creyó Napoleón III que podía reconquistar la opinión pública descretando una serie de reformas liberales y una de ellas fué la de conceder libertad de prensa. Veuillot se aprovechó de este estado de espíritu y solicitó la autorización para publicar de nuevo "L' Univers", la que le fué concedida. Se trataba de enterar el capital y en poco tiempo se reunió uno de 250,000 francos, con lo que se dió comienzo a la nueva época del diario. El primer número apareció en Abril de 1867. Su declaración de principios fué muy precisa: "Nuestro programa es nuestro pasado. "L' Univers" será lo que ha sido, con las mejoras que la experiencia nos haya enseñado. Somos más católicos de lo que éramos; más unidos a la Iglesia; más independientes de los demás. "L' Univers" será una tribuna creada para analizar todas las cosas del presente y que alcanzará a todos los terrenos a donde se lleve la discusión; será una obra de doctrina, una voz integral de justicia y de verdad. La verdad política se escapa de la

mano del tiempo y obliga a mirar, a esperar y a veces a sufrir. Pero, la verdad religiosa, que en definitiva regla la verdad política, dispone de un órgano siempre vigilante, que indica y circunscribe el terreno en que se pueden tomar acuerdos, señala las bases de la conciliación, la decreta y la impone. La labor de un diario católico es recordar esta doctrina, conducir a ella a los espíritus y obedecer.

En el primer número figuró un elogioso estudio sobre el libro de Montalembert, Los Monjes de Occidente. Veuillot quiso borrar todo el recuerdo de las antiguas desavenencias. En otro número publicó con tres años de anticipación a la guerra un estudio en que con clarevidencia admirable precisó la futura lucha con Prusia y señaló los medios de evitarla. Por esos mismos días en una serie de artículos comenzó a analizar la cuestión obrera. Veuillot puede ser señalado con justicia como uno de los precursores de la escuela social católica.

La autoridad del diario fué indiscutida y sus mismos enemigos tenían que reconocerla. Por ese tiempo decía "Le Journal des Debats": "No es bueno que en Europa se acostumbren a creer que la Francia de la revolución ha presentado la renuncia de sus ideas en las manos de Mr. Veuillot".

Luego vino para "L' Univers" otro período de formidables luchas: el Concilio Vaticano. El problema fundamental que debía ocupar a esta augusta asamblea era la cuestión de la infalibilidad pontificia. Conocidos católicos de Francia y Alemania estimaban inoportuna su declaración; algunos llegaban hasta discutir el principio mismo. Dos obispos se manifestaron contrarios a la tesis; uno de ellos, Monseñor Dupanloup. El Padre Gratry, célebre escritor religioso atacó con violencia desconocida al Papa y el propio Montalembert en una carta se declaró conforme con estas ideas. Nuevamente Veuillot se vió envuelto en polémicas con su viejo amigo y jefe. Pero el súbito fallecimiento de Montalembert, puso término a esa discusión. El diario enlutado lloró sinceramente al gran católico.

Para defender mejor su tesis, Veuillot se trasladó a Ro-

ma durante el Concilio y fué desde ahí el cronista brillante y documentado de las sesiones. Su casa de la ciudad vaticana pasó a ser el centro de reunión del episcopado francés favorable a la declaración y la constante solicitud de Pío IX para con él llegó a ser mal mirada por los enemigos de la tesis. Por fin el 18 de Julio de 1870 el Concilio Vaticano por 533 votos contra 2 declaró el dogma de la infabilidad pontificia y Pío IX lo proclamó en la Basílica de San Pedro entre el fragor de una terrible tempestad que cayó sobre la ciudad.

Por esos mismos días se declaraba la guerra entre Francia y Prusia. Veuillot regresó a París y desde las columnas de su diario fué el vibrante cronista y animador de la campaña con la fe más alta y el patriotismo más caluroso. Pero él fué más lejos y con verdadero don de adivinación previó todas las vergüenzas de la Comuna. Producida la derrota no quiso salir de la capital y con riesgo de su vida siguió afirmando su fe católica. La prensa revolucionaria anunció que apenas llegaran ellos al poder quitarían la calidad de franceses a los que manifestaran su adhesión al Papa. Veuillot reiteró esa adhesión con grandes caracteres en la primera página de "L' Univers".

Declarada la República y consecuente con su teoría de que la Iglesia era ajena a las formas de gobierno que el pueblo elegía, la aceptó como un mal menor, si bien manifestó su adhesión al conde de Chambord como el hombre que podía realizar la libertad de la Iglesia y gobernar como rey cristiano. Esperó que el tiempo le diera la razón.

Así pareció entonces. Dos años después caía Thiers y le sucedía Mac Mahon. El duque de Broglie llegaba a ser el jefe del Gabinete. La restauración pasaba a ser una simple formalidad.

Los católicos la esperaban y pedían a Dios en grandiosas ceremonias la salud de la patria. Grandes peregrinaciones iban a Lourdes y a Paray-le-Monial y la propia Asamblea Nacional concedía autorización para edificar en la colina de Montmartre un templo al Sagrado Corazón. Veuillot acogió el proyecto con entusiasmo juvenil; orga-

nizó en su diario una suscripción que reunió centenares de miles de francos y como escritor y como teólogo defendió el culto al Sagrado Corazón y lo hizo conocer a los ignorantes que no lo entendían.

Pero la política llevaba otros rumbos. La unión entre Orleanistas y Legitimistas no se logró producir. El conde de Chambord, el futuro Enrique V no aceptó un proyecto de Constitución que debía conservar el tricolor en lugar de la flor de lys y la República continuó.

Conocidas como eran las ideas de Veuillot sobre los derechos de la Iglesia, no podía parecer extraña su actitud frente a la cuestión romana que se planteaba en Italia en los mismos momentos en que se inauguraba la Tercera República en Francia. La actitud del gobierno republicano era muy precisa. Francia y su Embajador debían permanecer sordos a los pedidos del Papa.

“L’ Univers” inició una enérgica campaña para que el Gobierno restableciera al Soberano Pontífice en las condiciones necesarias para su libertad de acción y para el mejor gobierno de la Iglesia. Llevada la cuestión a las Cámaras, Thiers por una hábil maniobra reglamentaria la hizo enviar a comisión y el asunto se encarpetó. Pero “L’ Univers” gestionó una nueva petición que recogió en pocos meses más de 200.000 firmas. Thiers respondió designando de nuevo embajador en Roma a un librepensador notorio y agresivo.

Provocada una interpelación por Monseñor Dupanloup, el Obispo se dejó engañar por el Presidente y retiró la interpelación, en medio del desconcierto y la crítica de la mayor parte de los católicos. La discusión se agrió entre las dos tendencias católicas. El Gobierno hizo creer a Roma que lo que impedía la manifestación de la buena voluntad de Francia eran estas polémicas y la intransigencia de algunos. El Papa, en una alocución dirigida a un grupo de peregrinos franceses censuró a las dos tendencias. Aunque la medida caía por igual sobre los dos contendientes, los elementos liberales se apresuraron a sostener

que era una medida dictada contra "L' Univers". Querían verlo en rebeldía contra Roma.

Veillot se humilló. Nuestra obligación es, dijo, obedecer y buscar qué caminos nos conduzcan al acuerdo que se nos ha recomendado. Haremos lo posible y veremos si el éxito nos acompaña. De aquí en adelante, nos baste decir que no seremos los únicos jueces de nuestro esfuerzo y que para nada consideraremos nuestro propio juicio. Somos hijos de obediencia. Nuestro único asunto es obedecer

Veillot era profundamente sincero en esta actitud ante las observaciones del Papa y era sincero a pesar de todos los pinchazos y los sarcasmos de los elementos liberales y de la actitud de los católicos franceses, que se sentían desconcertados por la censura papal. Para contrarrestar esta actitud "L' Univers" resolvió afirmar en términos aun más solemnes y vibrantes su fidelidad a la Santa Sede.

El Papa satisfecho y conmovido ante este magnífico ejemplo de disciplina y de adhesión le escribió un Breve en que le manifiesta su paternal afecto y le declara que como viejo soldado del ejército católico debe continuar en el combate con la energía que acostumbra hacerlo.

Pero, Francia no hizo nada por ayudar a Pío IX. Bajo el Gobierno de Mac-Mahon, la fragata francesa que estaba en Civita-Vecchia a disposición del Papa y que era el único apoyo más moral que material de Francia, recibió orden de regresar. El cautiverio se consumó.

Los diez últimos años de la vida de Veillot fueron para él de hondas pesadumbres y dolores. Una vieja afeción a la vista le dificultaba grandemente su labor y la muerte sucesiva de sus mejores amigos y compañeros de redacción fueron ensombreciendo su vida. No por eso renunció al trabajo. Asociado de Eugenio Tavernier, que le servía de secretario tanto para leer como para escribir continuó revisando sus antiguos escritos y organizando los seis volúmenes de la tercera serie de sus Misceláneas. Nuevas campañas se preparaban y nuevos hombres sur-

gían a su derredor. Uno de ellos, el Conde Alberto de Mun fué su más decidido amigo y admirador y el continuador de su obra.

Todavía el Gobierno republicano le temía. Dos veces fué suspendido "L' Univers" y esas suspensiones las aprovechaba el viejo luchador en nuevos trabajos. Para satisfacer las universales muestras de afecto que le llegaban y siguiendo el pedido de un amigo escribió una continuación de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo que con el nombre de Jesucristo Continuado, contenía en pocos capítulos un magnífico resumen de la historia de la Iglesia en 19 siglos de grandezas y combates.

Pero los rumbos de la República iban alejándose cada vez más de Dios y Veuillot lo comprueba con tristeza, sintiéndose impotente para mover su pluma con el vigor de antes.

En 1878 una gran pena afectó su vida: la muerte de Pío IX. Tuvo sin embargo energía par escribir una serie de artículos vibrantes y conmovidos para glorificar a esta noble y santa figura y para afirmar su confianza en el porvenir.

Por fin, elegido León XIII, el gran católico quiso darse el inmenso placer de rendir personalmente su homenaje al nuevo Pontífice, quien lo recibió con cariñosa solicitud y lo colmó de elogios y distinciones.

Después de esa época sus trabajos periodísticos y literarios fueron haciéndose más raros y de los últimos fué uno en que conmemoró el 25.º aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción y que mereció de León XIII este elogio: Veuillot escribe en calidad de Padre de la Iglesia.

Mucho temo, que este largo trabajo no haya logrado producir en vosotros todo el ambiente de admiración y simpatía que la persona del gran escritor merece despertar. No he sabido destacar su talento literario, el vigor de su prosa, la amplitud de su obra. Seguramente ha sido el más brillante polemista católico y el primer periodista del siglo XIX. Todo lo abarcó: el artículo perio-

dístico, el folleto, el ensayo, la polémica, la novela, la poesía, la crítica literaria, y en todo lució un talento penetrante, un vigor desconocido; una erudición asombrosa. Jules Lemaitre lo considera el primer prosista del siglo: es en todo caso el primer creyente.

Cultivó todavía y sin quererlo, un género literario solo propio de los maestros: las cartas. Escritas por miles a centenares de personas y sobre los más variados temas, son todas ellas tan vivas, tan naturales que bastan a formar la gloria de un escritor.

Cuarenta gruesos volúmenes forman la obra del hijo de un tonelero de Boynes. Su influencia llega hasta nuestros días. En sus trabajos está el arsenal de todos los argumentos del catolicismo contra los ataques de la impiedad; en sus escritos, las profesiones más magníficas de fe y de amor a Dios. Su talento y su apostolado crearon una verdadera dinastía católica. Su hermano menor Eugenio, convertido por él continuó su obra en "L' Univers". Más tarde le sucedió su sobrino Eugenio, el editor de sus obras y narrador de su vida, que hasta hoy sigue sus huellas. Los lectores de la Revista de "Ambos Mundos" han leído no hace muchos meses la vibrante reseña del Congreso Eucarístico de Buenos Aires escrita por el ilustre continuador de la obra de Veillot.

Los tres últimos años de Luis Veillot fueron de silencio. La inteligencia estaba todavía íntegra, pero el cuerpo era impotente, y él, temiendo que su actuación posterior pudiera destruir su obra, se encerró en un silencio completo. Su muerte ocurrida el 7 de Abril de 1883 fué un duelo para los católicos del mundo entero. Conducido al cementerio de Montparnasse, en medio de un inmenso concurso de amigos que lloraban su muerte como la de un padre, Veillot reposa en una tumba cubierta por una gran piedra sobre la que descansa una simple cruz en la cual se lee la frase que él mismo había indicado: "He creído. Ahora veo".

Muchos años antes, en una especie de testamento poético había dado sus instrucciones sobre su funeral, y esos versos, que tantos de vosotros conoceréis, resumen

mejor que nada la vida ejemplar de este hombre extraordinario:

Sobre mi pecho poned a Cristo
 Mi único orgullo, mi solo bien,
 Entre mis dedos dejad la pluma,
 Poned un libro bajo mis pies.

Cavad tranquilos mi sepultura;
 Una cruz santa plantad al fin,
 Y si una losa cubre mis restos,
 "Creí; ya veo" grabad allí.

RENACIMIENTO DEL IDEAL RELIGIOSO EN RUSIA

Riga, 19 de Marzo

Un diario local publica un artículo de la escritora sueca Sterensted que acaba de realizar un largo viaje a la U. R. S. S. en el cual pone de relieve que ha notado un sensible aumento del sentimiento religioso en las poblaciones soviéticas. Escribe al respecto lo siguiente:

"He oído la misa en una iglesita de los alrededores de Moscú. Había muchísima gente. Todos estaban arrodillados sobre el sucio pavimento del templo y parecían implorar las gracias del cielo. Muchos gemían sordamente. Niños y niñas se cobijaban, sin hablar, en la falda materna como atemorizados. Y siempre llegaba gente hasta que en cierto momento la iglesita de madera quedó llena de una multitud prosternada y devota.

Me he sorprendido de este renacimiento del sentimiento religioso, sobre todo entre la juventud. Es tanto más digno de notar este fenómeno si se piensa que la extraordinaria campaña del Gobierno Soviético contra la religión continua, ya por medio de la propaganda oral y escrita o por medio de la creación de nuevos Museos antireligiosos".

dé a cada uno lo suyo y que las condiciones de los pobres sean siempre mejores”.

Empero, para este apostolado social no basta la buena voluntad; es necesario una sólida preparación, mucha energía y aún más, constancia, y será muy conveniente que veamos cuáles son los medios que nos permitirán conseguir la fuerza necesaria para tan difícil acción.

a) En primer lugar, debemos señalar el **ejercicio de nuestra fé**. Nuestra acción no será eficaz sino en la medida en que ella se inspire en la verdad integral que nos revela la fé católica emanada de corazones rectos y sencillos. Necesitamos actuar basados en los fundamentos incommovibles que da el conocimiento de los dogmas y de la Iglesia, es decir, que proporciona una verdadera y sólida formación unida a una intensa vida cristiana.

b) En segundo lugar, e íntimamente ligado con lo primero, debemos buscar la fuerza para nuestra acción social **en la oración**. “El rol del apóstol exige y reclama el ejercicio de las más altas virtudes. Invitados por Dios a colaborar con El en la salvación de las almas, somos sólo instrumentos indignos y, admitirá nuestros concursos y fecundará nuestros esfuerzos únicamente si colaboramos en su obra con manos muy puras y un corazón muy recto. A todos aquellos que se extrañan del poco resultado obtenido en sus empresas y organizaciones sociales, no hay más que formularles una sola pregunta: ¿Ha sido emprendida la labor con sinceridad y pureza? Y un leal examen de conciencia les revelará fácilmente el triste secreto de sus fracasos: falta de fuerzas cristianas. “Nosotros no seremos apóstoles en la clase obrera si no sabemos ser santos. Y esta santidad fuente de fecundidad para el bien, sólo la podemos obtener en el amor al Santísimo Sacramento, la Eucaristía; no hay otra fuerza, pues allí está toda la fuerza”.

c) **Por el desprendimiento y el espíritu de sacrificio.**

No hay nada más opuesto al espíritu cristiano que el egoísmo y no hay nada más incompatible con una verdadera acción social que el amor desordenado a su propia

persona, la comodidad y la cobardía. El egoísmo es la gran tara, el pecado original de liberalismo económico y vicio irremediable de todas sus aplicaciones. Y él es también, no tengamos vergüenza en confesarlo, la fuente de todos los desalientos y debilidades que continuamente comprometen el éxito de nuestros trabajos. La Acción Social es dura, muy árida, llena de sacrificios, y la primera condición indispensable para poder desarrollarla es desprenderse de las exclusivas preocupaciones personales. No hay nada más opuesto a toda ambición humana que el verdadero espíritu de apostolado y sacrificio de una acción social bien entendida.

Y, por último, se requiere:

d) **El estudio y formación.** No basta con los tres factores ya indicados para prepararse para una labor social. Decíamos más arriba que el fundamento de esta preparación ha de ser una sólida y completa formación religiosa, basada en el conocimiento de los dogmas y de la Iglesia. Pero a ella es necesario agregar algo más, indispensable hoy día a todo católico, es el estudio y conocimiento de los principios de la sociología.

Es imposible que tratemos de realizar el nuevo orden de "Cuadragésimo Año" si ni siquiera lo conocemos. Es también imposible que podamos desarrollar una labor social efectiva por el levantamiento de la clase obrera, si no sospechamos siquiera cuál es la doctrina católica sobre justos salarios, derecho de propiedad, relaciones entre el capital y el trabajo, etc.: no podremos tampoco hacer obra de apostolado social en ambientes universitarios e intelectuales si, como universitarios e intelectuales, desconocemos en absoluto los fundamentos filosóficos e históricos de nuestra doctrina social.

Nuestras generaciones han nacido y se desarrollan en medio de una crisis total de los fundamentos espirituales de un mundo que, construido sobre la arena de la ciencia, de la técnica y de una ilusión de libertad, se desmorona rápidamente, dejando el campo a nuevos órdenes y nuevos conceptos.

Vivimos una época decisiva. Del impulso y de los rumbos que en ella se marquen dependerá el futuro y de

ahí la enorme responsabilidad que pesa sobre nosotros, jóvenes católicos, de empaparnos en las profundas corrientes de la sociología cristiana.

Como decía hace un momento, no basta hoy día la buena voluntad de hacer las cosas; es necesario realizarlas y para realizarlas, conocerlas, y nada se conoce si no se estudia. A nadie se le obliga a ser un sociólogo ni algo parecido; serán seguramente muy pocos los llamados a especializarse en esta ciencia, pero sin ir tan allá es imperdonable en un joven católico de nuestros tiempos la ignorancia de los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia. ¡Cuántos disparates y errores no se oyen a menudo aún en boca de dirigentes, sobre estas materias! ¡Cuánta apatía, falta de interés y de iniciativas para todo lo que sea preocuparse un poco del problema social y conocer la solución católica del mismo! Son por desgracia muchos los católicos, también entre los jóvenes, que viven encastillados en el más sublime egoísmo e ignorancia y tachan de comunista y peligroso revolucionario a todo aquél que se atreve a insinuar que el actual desorden económico y social es insostenible y que se hace necesaria una pronta y radical reforma. Y todo esto, no por maldad, sino que, en la casi totalidad de los casos, por el desconocimiento más absoluto del carácter social de nuestra religión y del rol de apóstoles a que estamos llamados dentro de la Iglesia.

Urge, pues, que nos demos cuenta de la grave obligación que sobre nosotros pesa, frente a nuestra Iglesia y a nuestra patria. Formémonos como verdaderos católicos de nuestros tiempos; hagamos una realidad las soluciones al problema social con tanta claridad indicadas por S. S. Pío XI y por el Episcopado Nacional de su Pastoral Colectiva. Sin duda que la Acción Social requiere sacrificios de toda especie, pureza de intención, valor y energía, pero, por lo mismo que es difícil, que exige la entrega total de la voluntad en aras de un ideal muy noble y muy grande, es misión particular de nuestras generaciones jóvenes que se levantan con la firme resolución de vivir la fe en toda su infinita intensidad.

REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS

BARROS ARANA Y DON CRESCENTE

Al pié de dos monumentos

Con diferencia de pocos días se han inaugurado en la capital los monumentos de dos distinguidos historiadores y hombres públicos, don Diego Barros Arana y don Crescente Errázuriz.

Pacientes investigadores de nuestro pasado, lo escudriñaron y descubrieron por entre el polvo de los archivos, dotando así a las letras nacionales de obras por demás valiosas y acabadas. Pero, aunque una misma afición se perfila en la vida de ambos hombres y una amistad sincera los uniera, sabido es cuán distintos y opuestos fueron los ideales que sirvieron. Mientras Barros Arana en su vida de maestro y escritor simbolizó el espíritu materialista y liberal del siglo, Errázuriz en el periodismo, en la investigación histórica y en el gobierno de la Iglesia, encarnó el sentimiento de defensa de las verdades eternas e inmutables del Catolicismo. Dos hombres, dos destinos...

Frío, seco, incapaz de sentir, de amar, de conmoverse, Barros Arana narra los acontecimientos en su obra monumental con ausencia de toda gala artística y argumentación filosófica, con gran claridad y método, y atiborrada erudición de datos, fechas y cifras. Cuando llega a un punto discutido, aunque sea pueril, él se debiene y lo analiza por todos lados. "¿Cómo afilaban sus sables en Mendoza los soldados que tenía San Martín para la expedición contra Marcó? Parece que algún historiador había propalado la especie de que afilaban los sables con piedras pómez. He aquí un hecho que investigar. Barros Arana estudia el punto y en vista de ciertos documentos, establece que los sables fueron afilados en molejón por el maestro mayor del gremio de barberos, don José Antonio Soza... Bernardo O'Higgins era muy aficionado a la música y tocaba piano. ¿Cuántos pianos tuvo? ¿Cómo los adquirió? ¿A quién, de qué modo y en qué circunstancias los vendió? Nuestro autor sigue la pista a cada piano con

muchísima habilidad y les descubre la procedencia y el paradero sin dejar lugar a duda". (1).

¿Y a dónde va la investigación? ¿Qué persigue tras esta pesada capa de erudición? Oigamos a uno de sus admiradores, al actual conservador de su biblioteca, de tan reconocida preparación como falta de simpatías por la idea católica. "Toda la historia—dice Guillermo Feliú Cruz—respira una aparente desapasión, una sinceridad tan levantada de ideas, un espíritu de justicia tan superior a las cosas terrenas, que el lector inexperto y poco avezado en achaques de erudición y de historia, queda al punto convencido y luego persuadido, de que el autor que arroja en el texto y en las notas de su obra todos los antecedentes del proceso que relata y las discute, las pesa y las contrapesa, no puede imaginarse haya podido ser un juez interesado. Ahí están, para probar lo contrario, sus opiniones sobre la colonización española: sus prejuicios contra el régimen colonial; sus diatribas contra la Iglesia Compañía de Jesús—lo dice esto un hombre emancipado e Católica, que lo ha llevado a negar la obra cultural de la increyente—su desdén por la cultura de España en América y su odio, encubierto a veces, franco en otras, contra el iniciador de la independencia nacional, el General Carrera. ¡Pero todo está dicho y escrito tan sabiamente...!" (2)

Es el mismo espíritu sectario el que le guía en sus actuaciones de Rector del Instituto Nacional, el que le hace proclamarse públicamente materialista e incrédulo en el Congreso de Enseñanza Pública, celebrado en 1902, y el que le impulsa a declarar al General Mitre: "Yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de alianza y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás".

(1) P. N. Cruz: "Estudios de literatura chilena".

(2) G. Feliú Cruz: "Barros Arana y el método analítico en la historia".

¿Y qué decir de su actuación diplomática?

Hasta ahora sorprende la designación que se hizo de su persona en 1876 para el cargo de Ministro en la República Argentina, en el período más árduo de la contienda de límites, cuando sólo cinco años antes se había manifestado en su obra "Elementos de geografía física", como un completo desconocedor de las riquezas de la Patagonia. "La Patagonia—había estampado allí (Pág. 65)—desde su extremidad meridional hasta las orillas del río Colorado, no es más que un inmenso desierto donde aparece sólo por intervalos una vegetación raquítica y espinosa..."

¿Qué convicción podía tener el diplomático encargado de defender la soberanía de Chile en esas regiones, declaradas por el historiador estériles e inútiles?

"Del estudio de las negociaciones y de su resultado—dijo poco después don José Alfonso, de la misma escuela política de Barros Arana y su jefe inmediato como Ministro de Relaciones Exteriores—se desprende una experiencia y una lección que no deben ser perdidas. Ellas manifiestan que en la elección de los encargados de representar a la nación en el extranjero debe presidir el esmero más prolijo y el cuidado más escrupuloso, sobre todo cuando se va a discutir un asunto delicado y grave como el que existe entre Chile y la República Argentina. No basta buscar la inteligencia y la ilustración, es preciso consultar además condiciones de discreción, sagacidad y carácter que no siempre se encuentran unidas a aquellas cualidades. No es raro ver que la ilustración inteligente ande reñida con el buen sentido. Yo creo que en este punto sufrí un error que confieso con toda sinceridad. Reconociendo los méritos incontestables del señor Barros Arana como escritor y profesor, estoy ahora convencido de que no estaba en su puesto en la Legación acreditada en Buenos Aires. La historia de la negociación prueba esta verdad". (1)

Si Barros Arana ignoraba en absoluto la ciencia filosófica (Feliú Cruz asegura no haber encontrado en su

(1) José Alfonso: "La Legación de Chile en el Plata..." (1879).

biblioteca un solo libro de esta materia); si su estilo era seco, monótono, frío; si carecía de talento psicológico y de habilidad política, don Crescente Errázuriz poseía, en cambio, un sólido fundamento humanístico y una lógica de hierro; escribía con elegancia y de manera atrayente; conocía como nadie a los hombres y disponía de aguda penetración diplomática. Al través de las páginas de sus discutidas memorias brota espontánea su personalidad: el literato de correctas y bellas formas, el político sagaz, el periodista ardoroso, el espíritu altanero y susceptible, el juez no pocas veces implacable y duro.

Y porque su personalidad ostenta relieves tan marcados, se presta a encontradas opiniones. Provoca a la vez fuertes resistencias y grandes entusiasmos.

Es un hombre nacido para la lucha. "Un diario—escribe en el primer editorial del "Estandarte Católico—es esencialmente un arma de guerra y la más poderosa de las armas en los tiempos que atravesamos..." Y agrega más adelante: "Somos nosotros, simples guerrilleros los que hemos de combatir a enemigos que, como los Partos, no saben disparar sus flechas, sino mientras huyen, y para derrotarlos no debemos hacer uso de las pesadas armas de la Edad Media, sino de la ligera armadura que nos permite siempre darles caza, cortarles la retirada, obligarlos, en fin, a un combate de cuerpo a cuerpo que constantemente procuran rehuir".

Y tan posesionado está de su papel de guerrero de la fe que, muchos años después, estampa este lema en su escudo archiepiscopal: "Crux et Evangelium ecce arma mea".

Pero, contrariamente a lo que podrían haber vaticinado mentes superficiales, su gobierno fué de paz. "El amor—dijo en su último discurso público, al cumplir los 89 años de edad—, la caridad cristiana que tiende a reunir como hermanos a todos los hombres, la trajo Cristo Nuestro Señor al mundo y la Iglesia la enseña y enérgicamente la mantiene el gran Pío XI, al decir una y otra vez al clero que él, como la Iglesia, no pertenecen a partido alguno y deben mantenerse sobre todos los intereses para cuidar sólo de lo que constituye su fin, el alma de los fieles,

la unión con Dios". Y pudo entonces también agregar, refiriéndose de manera expresa a los resultados de su gestión gubernativa: "El viejo árbol reclama para sí la sombra de su añoso ramaje. Esa sombra ha contribuido a preservar a la sociedad durante una de las épocas más difíciles de la historia de Chile, de excitaciones que habrían podido ser funestas; a olvidar antiguas enemistades y a destruir antiguos prejuicios; a tornar amigos a los que se miraban como encarnizados adversarios: durante este tiempo no se ha atacado a la Iglesia ni la Iglesia ha tomado parte alguna en lo que no le toca; nunca, como en estos días, llenos de trastornos, ha sido más respetada la religión ni han recibido sus ministros más consideraciones de todas las clases sociales".

Con razón habría podido escribirse en la tumba de este anciano eminente lo que alguien dijo de Washington: que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

LA MORALIDAD DE LOS ESPECTACULOS

El 3 de Junio la Junta de Vecinos de Santiago acordó modificar el Reglamento de espectáculos dictado el 8 de Abril último, en el sentido de prohibir en absoluto la entrada a los menores de 7 años e impedir la asistencia a las funciones nocturnas a los que no hubiesen cumplido los 14 años. También dispuso que: "En los programas de películas aptas para menores, queda prohibida la exhibición de sinópsis de otras que no han merecido esta misma clasificación del Consejo de Censura Cinematográfica. Igualmente, en los programas de películas para mayores, no podrán darse sinópsis de películas clasificadas como no aptas para señoritas".

Refiriéndose a este acuerdo, "El Diario Ilustrado" de 5 de Junio manifestó que: "Las reformas aprobadas por la Municipalidad constituyen un gran paso en esta verdadera cruzada de defensa de la niñez contra toda clase de perniciosas o inconvenientes atracciones". Por su parte, los empresarios teatrales han hecho severas críticas a las medidas adoptadas, recibiendo, en cambio, de tres miembros de la Junta de Vecinos, la rectificación a sus diversas

aseveraciones. "Naturalmente—han expresado estos últimos—que todo Reglamento o todo acuerdo de este carácter tiene que lesionar los intereses particulares de los que viven de la explotación del vicio. Y como para lo malo nunca falta dinero e influencias, en torno de las actividades de la Junta de Vecinos se han levantado montañas y se ha llegado hasta el propio Gobierno para que trate de impedir las". Más adelante los regidores agregan que el argumento "más efectivo y el que ha movido esta campaña está claramente expresado en esta frase: "Muchas de las disposiciones contenidas en él, afectan en forma vital al negocio de los empresarios teatrales, etc." Como nosotros,—continúan—no podemos considerar este asunto como negocio, pues creemos que la formación de la niñez no es susceptible de apreciarse en dinero, lamentamos que una medida de orden general en beneficio de la colectividad, lesione intereses particulares, pues aquella debe primar sobre éstos".

Después de estas publicaciones, el señor Benito del Villar, en nombre de los empresarios, ha protestado desde "El Diario Ilustrado", tanto de las alabanzas que éste prodigara al acuerdo de la Junta de Vecinos, como de las expresiones vertidas por estos últimos en las mismas columnas. "Todo esto—dice, en suma,—ha aparecido en el Diario de su digna dirección en las fechas anotadas, es decir, en el diario que es tomado por la cinematografía y, especialmente, por el suscrito, como el defensor de la industria cinematográfica". Y termina: "Si los empresarios somos "Explotadores del vicio", quiere decir que lo son también las leyes de Chile, las autoridades y la prensa. Creo que Ud., como yo, no aceptará tal calificación. Muy duro ha sido para el suscrito ver estas inconveniencias estampadas en "El Diario Ilustrado"; pero abrigo la esperanza de que esto se haya hecho por inadvertencia, ya que no puedo suponer a mis amigos del Diario como patrocinantes de tales atrevimientos".

"El Diario Ilustrado" ha respondido: "El señor Benito del Villar se refiere a una frase ofensiva que aparece en la respuesta que dieron los miembros de la Junta de

Vecinos a una exposición de los señores empresarios cinematográficos, de la cual no nos hacemos solidarios”.

POLITICA EXTRANJERA

Aparte de la suspensión de las hostilidades en el Chaco, tanto tiempo anhelada, y del anuncio de un acuerdo definitivo entre los beligerantes, sobre bases que aún no se conocen públicamente, merecen recordarse otros dos hechos de importancia ocurridos en el exterior.

Es el primero de ellos la caída del gabinete de Flandin e igualmente la de su sucesor Buisson, ambos por carecer del apoyo del Parlamento en sus medidas extraordinarias para contener la crisis financiera. Y el segundo hecho, tan sintomático como el anterior, es la declaración de inconstitucionalidad de la NIRA hecha por la Corte Suprema de los Estados Unidos. Ambos revelan que el liberalismo no ha muerto aún en el mundo; que se debate para sobrevivir; y que detendrá siempre por todos los medios—políticos o jurídicos—los actos que importen un cercenamiento de la libertad económica absoluta. En Francia encarnan esta tendencia los Staviskis, descubiertos y por descubrir. En Norte América, el capitalismo omnipotente de Wall Street. ¿Y el pueblo francés y el pueblo norteamericano les siguen? Difícil es creerlo si se ahonda un poco siquiera en la vida de ambos países. Son ya muchos los síntomas que denotan franco cansancio por la esterilidad de los parlamentos, a cuya sombra se asilan inmunes los culpables, y muestran el deseo de que alguna mano fuerte imprima rumbos con energía al Estado vacilante y en vísperas de zozobrar.

Varios son los organismos franceses que repudian el régimen y anhelan el restablecimiento de la autoridad. Sobre ellos nos ocupamos detenidamente en una crónica pasada, lo que nos exime de entrar a exponer su ideología. Nos contentaremos ahora con transcribir la siguiente declaración hecha últimamente por la Asociación Nacional de los ex-combatientes, que cuenta con algunos millones de adherentes: “La Asociación Nacional de los ex-com-

batientes hace constatar que nadie en Francia comprende ya por qué motivos los ministerios que fueron derrocados en diversas oportunidades sean constantemente reemplazados por otros integrados por los mismos políticos, con una simple variación en los cargos. Durante largo tiempo los ex-combatientes han dejado que esos experimentos se llevaran a efecto, sin objetarlos; pero en las circunstancias actuales su deber les impone poner sobre aviso a la opinión pública”.

Y B. Fay, en uno de los últimos números de la “Revue de deux mondes”, al comentar la política de Roosevelt estampó: “En América, como en todos los países, el régimen parlamentario parece ser especialmente incapaz de defender los intereses que no tienen ni la ventaja del número ni la utilidad de las riquezas. Tal es la razón que procura partidarios al fascismo en todas las partes del mundo. Este despotismo repugna en un principio, pero termina por ser menos pesado que el despotismo unido de las masas ávidas y del dinero egoísta. La clase media encuentra su refugio en el fascismo, único dispuesto a pagar con precio honorable los valores que la clase media posee y que el parlamentarismo desprecia: el coraje y la honestidad. Aunque no existan en la hora actual en EE. UU. movimientos fascistas y sin que se pueda hablar de una tendencia a la dictadura, es necesario reconocer que las conversaciones de la burguesía indican un repudio profundo de la democracia parlamentaria”.

Jaime Eyzaguirre.

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO “EL IMPARCIAL”**

Atiende al público en su oficina. Huérfanos
1250.—Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 2 1/2
a 7 1/2.

GUSTAVO GARCIA DIAZ

Agente general exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda